Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

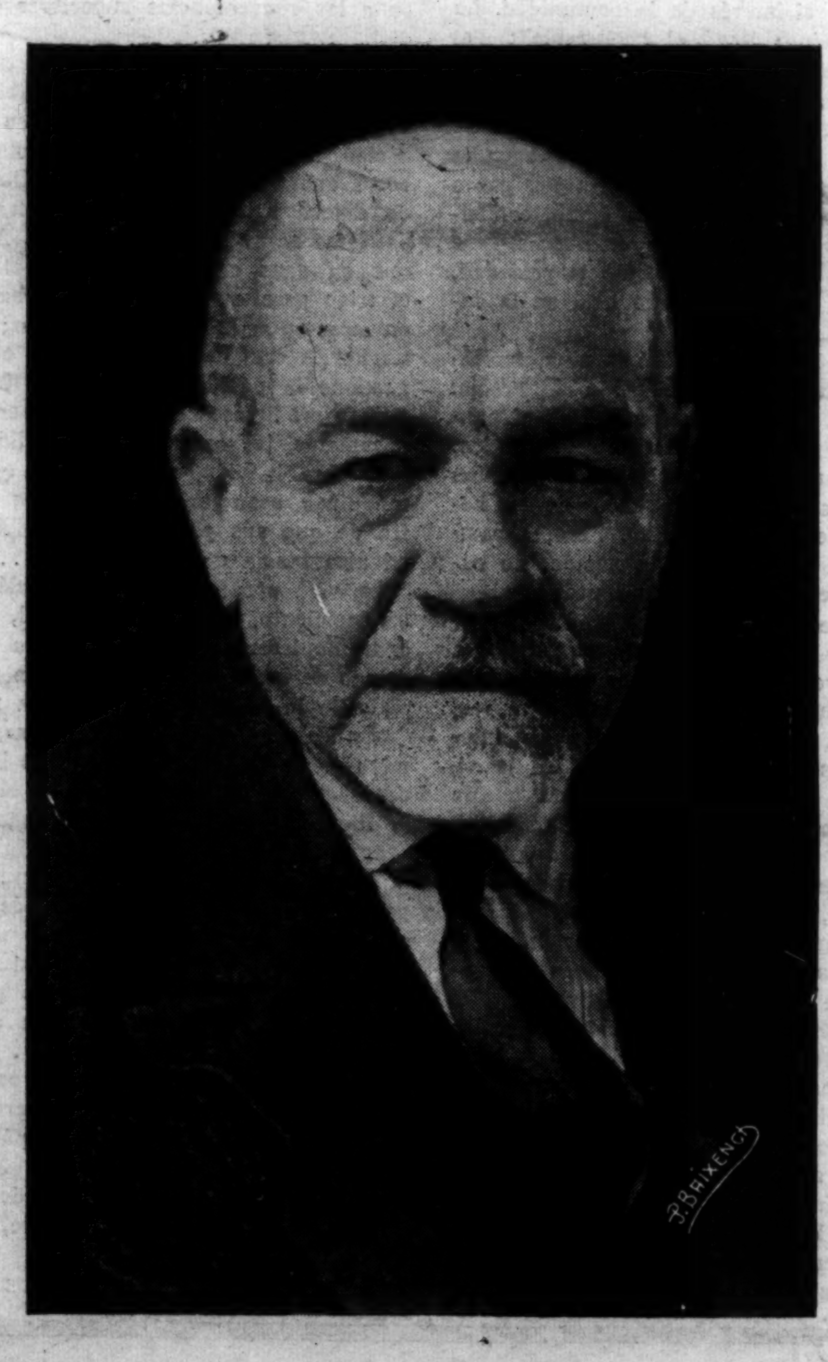
Tomo XXXVIII | San José, Costa Rica | **1941** | Sábado 8 de Noviembre | No. 20

Año XXII — No. 924

En este número:

Adelante!

(En el *Rep. Amer.*)



Cleto González Víquez

13 octubre 1858 — 23 setiembre 1937

El 19 de este mes se abrió en Barba la Biblioteca **Cleto González Víquez.**

Si hay sacramento en todo bautizo, el espíritu suyo habrá descendido en alas de la música que amenizó la solemnidad, hasta el salón de la Escuela que la patrocina, y alentará en lo sucesivo el ambiente de ese centro cultural.

Nada tan propicio como ese nombre, emblema de actividades incansables, y porque don Cleto fue ante todo un perpetuo estudiante y sempiterno lector. Joven o viejo, no recuerdo haberle visto sin un libro abierto, o a la mano.

Leía con extraordinaria avidez y puede asegurarse que de todo: literatura, monografías, periódicos, geografía, historia, crónicas, revistas, Derecho desde luego, ciencias económicas y políticas, tratados gramaticales y lingüísticos, filosofía, documentos antiguos... Todo le cautivaba, y es de notar que, deseoso de enterarse de lo concerniente a sus habituales y nutridas tareas, acometía sin vacilación estudios intensos acerca de hospitales, higiene, bancos, finanza; y aun por ocasiones se aventuraba por campos científicos ajenos, anhelante de robustecer nociones propicias a su afán enciclopédico.

Su talento revistió, en efecto, ese carácter: y como poseía memoria clara y mente despierta y organizadora, y desafiaba la rudeza de cualquier tarea, asimilaba con rapidez al amparo de su espíritu crítico y vivaz.

Tales dotes favorecían la prestancia y facilidad con que redactaba sus escritos y la no menor con que manejaba sus investigaciones, en especial de archivos, a que era tan afecto y de donde obtuvo valiosísimos documentos históricos y geográficos que luego han servido lo mismo en discusiones de derechos patrios que para darnos cuenta de cómo las generaciones precedentes entendían y practicaban la vida y respetaban devotamente los principios a cuya defensa acudieron luego con ardor que no medía riesgos Y como motivo fácil—por más que bien dificultoso—se entretenía en ordenar genealogías, con no pocas sorpresas gentilicias.

Obras que no han sido ordenadas en libros todavía, andan por periódicos, revistas, gacetas y crónicas; y amén del ameno discurrir de su conversación, siempre concreta a intereses generales, y algunos discursos en épocas de lucha política y parlamentarios, todo esto fue producto de la asidua lectura que dio vigor a su intelecto y sustento a su dilatada experiencia.

Marcada inclinación prestaba a la exactitud y pureza del lenguaje, y al efecto se esmeraba en poseerlo a perfección, apartándose del rebuscamiento que a menudo oscurece las ideas, cuya nítida definición perseguía a través de los libros: la lectura en idiomas extraños, que practicaba tanto, tiene la virtud de extremar la atención y depurar el sentido de cada palabra o término; tanto más para quienes poseen base de lenguas muertas que fueron otrora de estudio obligatorio en nuestros institutos.

Sus características mentales y hábitos de trabajo, los reflejaba la forma de cúpula de su cabeza, mucho más firme y airosa que la achatada semiesfera con que el busto inaugurado en el mismo lugar le hace aparecer, dicho sin agravio para el notable escultor, quien apenas le conocía.

Asimismo se reflejaba en sus ojos de vivo negror, de cuencas sombreadas por la alta frente perpendicular, como al atisbo perpetuo de la observación o la lectura, de que dista mucho también la reproducción en bronce, por el indispensable exceso de sobreceja. El brillo de su mirada denunciaba un órgano visual acoplado a la actividad intelectual y al perenne ejercicio a que lo sometía.

Sin acudir a otros aspectos de la personalidad de don Cleto, digo, pues, que todo barbeño que abra un libro en esa biblioteca, debe estar cierto de que el más sobresaliente de todos sus conterráneos, encarnó al lector diestro y por lo mismo de mayor y más genuino provecho propio y comunal; y ¿por qué no han de sentir todos y cada cual el estímulo de nivelarse con él? Las condiciones del estudiante son hoy infinitamente superiores a las de ayer; y al nacido en el mismo sitio ¿por qué se le negarían, si trabaja con fe, las dotes y cualidades eminentes del que preside en espíritu esa Sala?

FABIO BAUDRIT

San José, Costa Rica, octubre de 1941.

El fin del individualismo

La tragedia de la granja de Basingstoke

(De *El Tiempo*, Bogotá, 11-IX-40)

Aquel individualismo del siglo XIX acaba de fenecer. Hace unas pocas semanas ocurrió un hecho que simboliza su postrer estertor. Se acabó aquel clásico individualismo que convertía cada hogar en una inviolable fortaleza—"Mi casa es mi castillo"—y en cada hombre aislado contemplaba un baluarte de la libertad—"El individuo contra el Estado"—.

Caducaron esas fórmulas. Ha llegado a su fin el antiguo individualismo. Si, hace un siglo fascinaba la palabra "individual": "Derechos individuales", "libertades individuales"..., hoy no tiene prestigio una voz si no lleva el adjetivo "social". El individualismo terminó y, después de haber dado la vuelta al mundo, llegada su última hora, retorna, para morir, al mismo solar ilustre en que se meció su cuna: la vieja Inglaterra.

La tragedia ha ocurrido en una granja, llena de añosos árboles y silvestres matorrales, próxima a Basingstoke, en el Hampshire. Allí vivía un solitario huraño, el anciano Raymond Warden, recluído en su casa, separado del mundo, en el pleno goce de su señera individualidad.

Mas el Estado, en estas horas de prueba, en estos tiempos de guerra implacable, no puede tolerar individuales caprichos. La ley respeta allí el derecho de propiedad pero exige ahora al propietario que cultive su tierra totalmente para que llegue al máximo de producción. En momentos de apuro, ante la amenaza del bloqueo alemán, dejar inculto un pedazo de suelo fértil equivale a restarle el alimento al pueblo británico que puede sufrir hambre este invierno.

La ley es justa; en este caso, al Estado le sobra razón. Sin embargo, el viejo granjero Raymond Warden encarnaba con tozuda energía el último aliento de la tradición individualista. Se negó a cultivar su tierra. La finca era suya, él era un hombre libre, y si le placía no cultivarla, nadie podía presionar su albedrío, ni podía nadie entrometerse en su vida privada.

Surgió, pues, el conflicto entre la voluntad del individuo y el interés de la comunidad. La autoridad intervino; llegó el "constable"; el solitario resistió, atrancó la puerta y, disparando su fusil sobre el funcionario público, lo dejó malherido. Entonces Raymond Warden se encerró en su vivienda convirtiéndola en una fortaleza; púsose la máscara contra los gases y, durante todo un día, rifle en mano, combatió contra guardias, policías y bomberos, se enfrentó con todas las fuerzas de la sociedad, hasta que cayó muerto con una bala en la cabeza.

Cuando esa bala le atravesó la sien, recibió el arcaico individualismo su golpe de gracia. La tragedia del pobre viejo fanático es el punto final de un capítulo de la historia política. Nadie ya, ni aun en la patria del liberalismo individualista, será dueño de hacer de su heredad lo que le venga en gana. Pero, a cambio de esto, la colectividad, la nación, no carecerá de alimento en los meses próximos.

El suceso de Basingstoke parece un apólogo. Es notorio que, en general, el mundo va hacia una mayor organización de la vida material y económica. En ese terreno, se va restringiendo cada vez más el campo a los antojos individuales Y esta organización de la vida práctica no sólo será nacional dentro de cada país, sino que alcanzará un ámbito internacional. Se hace necesaria, más cada día, para el bien común, una amplia ordenación en ese mecanismo, cada vez más complejo y delicado, de la producción, la distribución y el consumo de los bienes materiales; en la actividad técnica e industrial; en la división del trabajo y especialización de funciones; en las redes de correos, telégrafos, teléfonos, ferrocarriles y líneas de aviación; en todo el desarrollo económico de la humanidad.

Verdad es que la humanidad, la vida humana, tiene dos aspectos. El uno es economía; el otro es espíritu. El uno es más bien exterior; el otro, interno. En el uno se fabrica; en el otro se crea. En el uno importan las cosas, las realidades; en el otro interesan las personas, el hombre mismo. En el uno rigen los precios; deciden en el otro los puros "valores". El primero sería el campo de la civilización; el segundo, el de la cultura.

Pues bien: admitida esa división, hay que reconocer que el mundo de la civilización es eminentemente social, debe serlo, y lo será más cada día. Por el contrario, el mundo de la cultura es, en última instancia, individual, porque consiste en el desarrollo interior de la propia personalidad.

El mundo de la economía, hoy más que nunca, necesita una ordenación de conjunto, una subordinación de los intereses particulares al interés general. Necesita verse dirigido, regulado, para lograr, hasta donde ello es posible, el bienestar de todos, porque el fin de la civilización es el bienestar. No desaparecerán mañana, sin duda, la iniciativa individual, ni el provecho individual, pero habrán de supeditarse a las conveniencias superiores de la sociedad.

Ese mundo de la economía ha de organizarse, porque ya hoy, con el admirable desarrollo de la maquinaria y de los medios de comunicación, no podría subsistir en estado anárquico. Y anárquico sería que un solitario obstinado dejase baldía la tierra mientras sus compatriotas se murieran de hambre. Anárquico es que en unas comarcas del planeta se queme el trigo para que su precio no baje, mientras en otras se sufre por falta de pan; o que haya territorios casi despoblados y en otros se congestione la población; o que se inventen máquinas prodigiosas con qué obtener los objetos necesarios, las cosas útiles o bellas o agradables para la vida, y que luego estas mismas máquinas sean arbitrariamente paralizadas a fin de que sus productos no se abaraten con su abundancia en los mercados...

La vida económica, la civilización, reclaman ordenamiento, organización social, pues ahí la aparente libertad es anarquía, ya que en el campo de los bienes materiales no rige el principio de la libertad sino el de la necesidad.

En cambio, el principio de la libertad ilumina el mundo del espíritu, el de la cultura, el de la ciencia, el arte, la poesía, el pensamiento filosófico. Ahí, el individualismo creador es necesario. Y, a la vez que una organización en la esfera económica, hay que prever y esperar, para mañana, un renacimiento de la libertad en la esfera espiritual. De poco valdría una vida práctica mejor organizada si en ella no se sintiera el hombre más libre para pensar, para hablar, para escribir, para expresar las ideas y los anhelos de su alma...

Este viejo granjero, insolidario, antisocial, que muere en el terco empeño de cerrar su heredad a las exigencias del bien público, es un último representante del pasado. Mas los que hoy en el mundo caen por defender la libertad del espíritu son, por el contrario, precursores del porvenir.

LUIS DE ZULUETA.

El Político

(En el *Rep. Amer.*—Véanse las partes anteriores en los Nos. 14, 15, 16 y 19 del tomo en curso).

XI

Evita el político los debates acerca de los graves problemas que exigen para su resolución o siquiera para su planteo una orientación definida, el norte de un principio social, político, económico o simplemente constitucional. Porque en estos debates aparecen puntos de vista diversos, posibilidades de división en los grupos de opinión pública. Todo lo cual parece hostil al político. Quien difiere de su afirmación es, por lo menos, un potencial enemigo. Y él quiere amigos a todo trance. Eso demanda su realismo.

Por ejemplo: Hay en la Constitución de la República disposiciones que no sintonizan con las necesidades sociales de nuestra época. Ninguno de los políticos tiene el atrevimiento de iniciar reformas siquiera sean graduales, para evitarse las Asambleas Constituyentes. Ni la reforma favorita que es la prolongación del período presidencial la sugiere el político en ello interesado. Espera o sugiere que sea alguno de sus paniaguados quien haga el sondeo de la opinión. A veces son los diputados quienes inician ese movimiento, cuando en ello les puede ir la prolongación de su propia canongía. Porque son realistas.

Otro ejemplo: El sistema tributario no se contempla con franqueza por el político, pues que sabe que eso es entrarse en breñas y jarales que le desgarrarán sus carnes y su toga. Y, por supuesto, recua a la tributación indirecta porque es el asno del consumidor quien lleva la carga sin coces ni rebuznos. La vida se le encarece al consumidor, pero éste no ve el sacrificio patente. Su jornal, su salario, su estipendio o su honorario se le disuelve apenas toca sus manos, más no aparece el responsable de esta volatilización alquímica a distancia.

Otro ejemplo: A los barones del café, beneficiadores o exportadores, debería el Estado imponerles una alta contribución en razón inversa de los precios que ellos pagan a los pequeños productores y de los salarios que asignan a sus empleados y jornaleros. El político no se atreve a hacer esto, porque en los países donde existen estos barones ellos son y han sido por largo tiempo el invisible Gobierno de la República; porque suelen ser quienes adelantan el dinero para las campañas políticas.

Y por la misma razón existen tantas propiedades de tierras improductivas. Sus propietarios esperan el correr del tiempo que les acrecienta el valor por el mero aumento de la población y de la riqueza social. El político no se atreve a imponer tributación a estas propiedades. Se atrae la oposición de sus dueños. Y el buen político ha de ser hombre de muchos amigos y sin adversarios.

Y de esa suerte, las fortunas más considerables, a veces las más sutiles, se escapan de la tributación directa con facilidad, porque suelen ser fortunas lejanas y de valores que no pueden o no quieren confesarse. O elogia el político a quienes pagan elevadas contribuciones, pero no ensalza a quienes en la realidad la soportan, los asininos consumidores que no se organizan para su defensa.

El temor de hacerse adversarios, de internarse en controversias peligrosas para su popularidad, real o en perspectiva, les corta las alas para originar iniciativas, ya en las relaciones exteriores, ya en las actividades profundas en el interior. Respecto de los problemas y situaciones internacionales las más de las veces se limitan a ser observadores, o a los rutinarios telegramas de pésame o de felicitaciones. En sus discursos, no van más allá de la expresión del "deseo de fomentar más aún, si cabe, las buenas relaciones que felizmente existen".

En asuntos del interior, el político vive al día. Circunscribe sus conversaciones o sus actuaciones a los proyectos que aparecen en la prensa o sobre la mesa del despacho. Y se hace el político la ilusión de que ese asunto es de trascendental importancia, y lo sopla para inflarle mayor volumen. Las más de las veces, el mismo o semejante asunto ya se ha resuelto en el país o en alguno otro país vecino.

Por eso en los periódicos aparecen innúmeros proyectos que se ofrecen al público tan ostentosamente como si fuesen la entrada en la tierra de promisión.

Los más de tales proyectos no se han concebido ni gestado en los círculos gubernativos, sino allí donde hay intereses de orden moral o material concernientes a los objetivos sobre que versa el proyecto. Sería injusto, sin embargo, no apreciar su pronta adopción cuando los méritos de tales proyectos justifican esa receptividad. Y cuando son de grande utilidad, la adopción redime a muchos políticos de su esterilidad y falta de preparación para el desempeño de las funciones para que fueron elegidos o nombrados.

Carecen los más de los políticos de los talentos y cualidades del líder. En cambio se organiza en camarillas para la defensa o para el asalto en la campaña que ha de venir. Y como no hay visión de los hechos que se desgajan de los principios cuando se les aplica la voluntad de fertilizarlos, no amanece entre los políticos el líder.

Por otra parte, quizás a causa de que carece de las virtudes y cualdidaes del líder, se entrega con facilidad a sus amigos, sin pasársele por la mente que mañana éstos serán sus adversarios, cuando ya sus intereses no sean los de él. Pero no se entrega el político por abundancia de generosidad, sino porque no sabe alzar los valladares en torno de su ser moral, como hace el hombre de excelencia, a quien por su altura no se acercan los que desearían leer su pensamiento.



No puede ser líder el político que se desvive por complacer a hombres de las más diversas propensiones intelectuales y morales y sociales, para alcanzar lo cual se descoloran o afectan el tornasol falaz que seduce las miradas de los igualmente incoloros; pero que desvía a los hombres de definidos tintes políticos, o de carácter ya bien templado por el fuego de la vida.

Fenecido el poder que administró, el político se destierra por algún tiempo, o se refugia en su relativa soledad, con los pocos agradecidos de ayer y los amigos personales de siempre, porque los había ganado en el ejercicio de su hidalguía o de sus otras virtudes personales que sirvieron y que pueden volver a servir para enfocar la atención voluble de las masas. Porque éstas, como las amantes que riñeron hace dos o tres meses, vuelven a pensar en los amados, como si nada hubiese ocurrido. Y piden al político que vuelva a ser su ídolo de cuatro meses: ellas gustan del carnaval eleccionario; rara vez se dan cuenta de la trascendencia de lo que van haciendo. Oyen hablar de una causa, su causa. Para ellas la causa es un hombre o un nombre, nada más. Salvo cuando ya las han instruído sistemáticamente para saber que quieren un cambio que mejore su situación económica o que se les dé escuelas, puentes, cañerías o caminos.

En las pequeñas naciones el político, en tesis general, no es perverso ni tiene la dureza de corazón que suele ser distintivo del líder. En torno de él se aglomeran los parientes que suavizan las agresivas decisiones, que causan finalmente el desmoronamiento moral del líder, a quien arrastran necesariamente al nepotismo.

Sin la sinuosa y hechicera intervención de las mujeres en la política administrativa, fueran en las pequeñas naciones más rígidos los líderes.

R. BRENES MESÉN

Costa Rica, noviembre, 1941.

(Se trata de la filosofía religiosa de Kant): *Su fundamento es la idea de que la virtud ha de tener recompensa. Pero modernamente se ha discutido bastante, sobre todo por Nietzche, si la idea de la recompensa tiene valor moral, e incluso se ha dicho que la afirmación de que la virtud debe tener recompensa constituye una "moral de la propina".*

Pero aún en el caso de reconocer el valor moral de la recompensa, aún en el caso de estar convencidos de que la virtud debe tener su recompensa, ¿no es justo, entonces, que también el vicio reciba un castigo? ¿No habrá, pues, que postular también un "infierno" o, por lo menos, un "purgatorio"?

(A, Messer, *Historia de la Filosofía*. Rev. de Occidente. Madrid. 1927).

Testimonios

En el diario *Hoy*, de la Habana, 16 de setiembre de 1941, en la interesante columna: *Mi verdad y la vuestra*, la escritora cubana Emma Pérez —tan perspicaz, tan despierta— dice lo siguiente, a propósito de *Landelina*, un episodio de la novela inédita *Ese que llaman pueblo*, de nuestro Fabián Dobles, sacado en el Nº 10 del tomo en curso del *Rep. Amer.*, 22 de junio de 1941.

Al reproducirlo en *Hoy*, dice Emma esto, que nos place:

Estampa donde hay niños tristes

Dondequiera que la literatura sirva para reflejar el dolor humano y para engendrar la esperanza en un mundo más justo y bueno, yo la saludo con vehemente amor.

Así este capítulo pequeño del libro del costarricense F. Dobles nombrado Ese que llaman Pueblo.

Desconozco el libro en su totalidad, pero encuentro fragmentos del mismo en uno de los últimos números de Repertorio Americano *que ha llegado a mí.*

Y como en ellos se esculpe un cruel dolor de niños de América —simbólico de este tremendo mal de la infancia sin infancia posible que amarga tanto a nuestros países— instalo uno en mi columna de hoy:

—o—

A propósito de Paul Rivet

(En el *Rep. Amer.*)

Uno de los aspectos más conmovedores de la tragedia que hoy vive la humanidad, es el dolor por que han debido pasar ciertos espíritus que fulguran en los más selectos planos del pensamiento. Paul Rivet, Director en París del Museo del Hombre, antropólogo de reputación universal, ha sido víctima de uno de los tantos vulgares hechos de la fuerza bruta, con que el nacismo atropella las mejores conquistas de la civilización. Paul Rivet mantúvose hasta el último momento defendiendo como hombre de ciencia y como ciudadano los valiosos tesoros que su heroica nación confiara a su custodia. Un día lo destituye el gobierno de Vichy, y otro la vulgar ocupación germana secuestra su preciosa biblioteca, acomodada, para salir de Francia rumbo a Colombia, en 100 cajones de 100 kilogramos cada uno. Además de ello, catorce colaboradores del gran antropólogo fueron reducidos a prisión. Un representante en América del viejo despotismo español, a propósito de la famosa misión botánica que Caldas y Mutis prestigiaron, en ocasión memorable dijo que España no necesitaba de sabios. Los bárbaros de ahora pretenden asesinar a los sabios y destruir las obras de arte y los libros que engrandecen el mundo de los valores.

En el destino privilegiado de América ha quedado ya escrita la defensa de la cultura. El gran estadista que rige hoy los destinos de Colombia le ha brindado generosa hospitalidad a Rivet, ahora Director del Instituto Etnológico Nacional de esa culta nación. Dos libros de Rivet en breve proyectarán luz en este hemisferio: *El origen del hombre americano* y *La Metalurgia prehistórica en América*.

Mientras el mundo cuente con valores de la categoría de Eduardo Santos y Paul Rivet, la obra diabólica de los bárbaros terminará por desvanecerse como una danza siniestra de sombras.

A. A. M.

San José, Costa Rica, Octubre de 1941.

—o—

Datos biográficos de Humberto Díaz Casanueva

Profesor. Enviado por su Gobierno a Europa donde estuvo seis años visitando las diversas universidades de Alemania, Francia y Suiza. En la Universidad de Jena obtuvo su doctorado en Filosofía con una obra sobre la Filosofía de Ortega y Gasset. Fué discípulo del gran filósofo Martin Heidegger. Trabajó por espacio de dos años en los Archivos de Nietzsche en Weimar. En Praga anduvo tras las huellas del gran poeta checo Rainer María Rilke cuyas *Elegías de Duino* tradujo por primera vez al español. Hizo también profundos estudios sobre los románticos alemanes, especialmente Novalis y Holderlin. De regreso a Chile fue nombrado profesor extraordinario de Filosofía actual en la Universidad. Más tarde fué contratado por 2 años por el Gobierno de Venezuela para dirigir la Cátedra de Psicología Pedagógica en el Inst. Pedagógico de Caracas de Filosofía y Psicología. Hace poco el Gobierno le ha dado la representación diplomática en El Salvador.

Es autor de numerosos estudios psicológicos y filosóficos, de los cuales destacamos: *Crisis de la Psicología como ciencia del hombre*, *La filosofía de Ludwig Klages* y *La poesía en la filosofía de Martin Heidegger*.

Sus obras poéticas son *El Aventurero de Saba*, *Vigilia por dentro* y *El blasfemo coronado*. Este último libro acaba de ser publicado en Chile. Fué ilustrado por el gran pintor surrealista André Masson y será pronto traducido al inglés por los poetas norteamericanos del grupo *New Directions*.

Exhortación a Charrúas y Atapascos

(En el *Rep. Amer.*)

En el último tercio del mes de Febrero del año en curso publicó "La Nación" de Buenos Aires la serie de importantes artículos suscritos por su representante, el formidable periodista Ortiz Echagüe. Estos editoriales asestaron golpe terrible a los despotismos del Centro de América; y a más de alguno sacudió como que lo hubiera hecho una revuelta armada: con dos o tres golpes seguidos, de esa naturaleza, posiblemente ya estarían en tierra los regímenes del totalitarismo criollo.

Pero bien; en el primero de los artículos intitulado "Clima Político del Caribe" el señor Ortiz, después de interrogarse respecto de si estos países quieren darse esos gobiernos o son incapaces de tener otros, agrega: "en tal caso, con su pan se lo coman". Toda vez que esta conclusión envuelve un cargo de responsabilidad grave para nuestros pueblos, creímos conveniente exponer algunas ideas con el fin de demostrar que la responsabilidad no es toda, nuestra; y que hay fautores ajenos en el avatar de este proceso histórico.

Analicemos con alguna calma si los pueblos centroamericanos son verdaderamente responsables de la situación política en que se encuentran, para resolver en puridad de certeza si tienen los gobiernos que merecen; si condiciones fatales los llevan a la tiranía y al vasallaje; o si meros efectos accidentales los postran, rompiendo así la euritmia que debe reinar en la écumene americana en torno de la Democracia.

Los factores externos originarios son de primera clase: el istmo centroamericano, terminación apendicular de la América del Norte,

posee variados y excelentes climas, con terrenos de una desconcertante feracidad, con vastos recursos de materia prima inorgánica para la vida y la industria; con flora y fauna heterogénea y muy superior si cabe, a gran parte de los países de Sud-América, exceptuándose quizás la Argentina cuyo suelo en lo global tiene considerable capa humífera; y no cuenta en su territorio regiones desérticas como las tiene México en grandes extensiones.

Al establecerse la comunicación intercontinental por el istmo de Darién, pasaron hacia el Sur la mayor parte de los vertebrados superiores; pero con el tiempo desaparecieron casi en totalidad, quedando sólo especies degeneradas o de tipos inferiores: en la misma selva brasilera, según el testimonio de diversos geógrafos, existen centenares de especies, más bien dicho miles, de saurios, quelónidos, reptiles y desdentados, que producen millones de alimañas venenosas que son factores de rezago: murciélagos que alcanzan hasta sesenta centímetros de alas; hormigas que matan hombres; arañas terribles por su tamaño y su baba deletérea; serpientes de agua que liquidan a los animales que van a abrevar su sed; peces que se chupan la sangre de quienes tratan de vadear los ríos, etc. etc. Todos estos son factores que entorpecen el desarrollo de las sociedades. Concluimos en la afirmativa de que nuestros factores externos son en lo general muy ventajosos a los del continente sureño; y así lo prueba el hecho de que en remotos tiempos precolombinos se asentaron aquí civilizaciones como las de los mayas, huétares y chorotegas, posiblemente de mayor altura que sus contemporáneas de los muyskas, incas y quechúas. Para que se juzgue de la importancia de Centro América, tómese en cuenta que después de la independencia de Estados Unidos, Pitt el joven, dijo a Su Majestad Jorge III, que la posesión de la entonces Capitanía de Guatemala, podría recompensar con creces la pérdida de las Trece Colonias recién emancipadas.

Los factores internos originarios son más o menos iguales a los de toda Indo-América, exceptuando Argentina y Costa Rica, países que según algunos tienen un 100% de raza blanca homogénea: nuestras indiadas, variedad humana que no es sustancialmente inferior, sino rezagada en unos dos mil años, como lo dice el Dr. Gamio, es en lo relativo, y no digamos en lo absoluto, de menor cuantía que las mexicanas o peruanas; los mulatos han probado, sobre todo en el Brasil, ser elementos étnicos que contribuyen; y finalmente los criollos y mestizos se han producido como tipos de alta calidad, teniendo nosotros los centroamericanos, eximias personalidades como Morazán, los dos Moras, don Pedro Molina, Barrundia, Lorenzo Montúfar, el Padre Cañas, Gerardo Barrios, Masferrer, Cabañas, Policarpo Bonilla, Jerez, el monumental Rubén Darío y cien más, capaces todos y cada uno de ellos, de honrar a cualquier país del mundo.

El Barón de Humboldt refiriéndose a los indios americanos, dice: "Se observa en los hombres bronceados una inflexible moral, una perseverancia constante en las costumbres e inclinaciones, que modificadas en cada tribu caracterizan esencialmente la raza entera: estas disposiciones se encuentran bajo todos los climas desde el Ecuador hasta la bahía de Hudson y el estrecho de Magallanes". "Es supérfluo añadir que no he visto ningún individuo que tenga una deformidad natural, y lo mismo diré de tantos millares de caribes, muiscas, indios mexicanos y peruanos que hemos visto durante quince años". Habla asimismo del aseo personal que tenían, indicando que hembras y machos se bañaban diariamente; y comenta la esmerada limpieza y orden que las mujeres guardaban en sus cabañas. (*Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Edición de 1826. Tomo II, páginas de 127 a 155).

Se ve que a pesar de la clausura final de las civilizaciones indígenas porque se había agotado su ciclo; y a porfía de la decadencia de la raza misma por la sujeción que impone la brutalidad conquistadora, se conservaban incólumes, aún en las postrimerías del siglo XVIII y albores del XIX, las cualidades que alabamos en todo pueblo.

El concepto de raza involucra dos verdades de igual certidumbre: por una parte es conjunto de individuos de características semejantes, trasmitidas por la herencia concepcional sin lúe; por otra es un principio ideológico afectado por el medio y la educación, que determina transformaciones biológicas y psíquicas; por eso decía el célebre naturalista Buffon lo que Teodectus había escrito dos mil años antes: "que las naciones traen la librea de los climas que habitan". El Dr. hondureño José R. Castro se refiere al escritor colombiano González Ecarpeta, de origen hebreo, como uno de los prestigiosos defensores de la justicia y la libertad; el Prof. Joshua Hochstein, menciona a Antonio José da Silva (1705-1739) "muerto por la inquisición portuguesa, como uno de los fundadores del teatro brasilero, dentro de un ambiente tradicional"; y a renglón seguido nos presenta a Jorge Isaacs (1837-1895) descendiente en primera hornada de judíos británicos. ¿Y cuál es el hispano-americano a quien no ha conmovido el sentimental y popularísimo romance de María? También están José Enrique Rodó y Juana de Ibarbourou citados por el sabio López de Mesa, y cien más que han dado un considerable aporte al hispanoamericanismo.

Entonces: ¿Cómo se han organizado nacionalidades, quizás menos favorecidas por la naturaleza, si se las compara con Centro América, tales como México, Argentina, Uruguay, Colombia la nueva que es una república modelo?

Es que hemos de tomar en consideración los elementos derivados externos, siendo unos de ellos las sociedades de nuestra relación: sobre este particular dice el gran sociólogo Spencer: "La influencia de las sociedades circunvecinas es un elemento nuevo de *enorme valor*". "Del mismo modo la organización gubernamental se encuentra especialmente determinada por el medio superorgánico, es decir, *por la influencia de las sociedades con que se encuentra en la lucha por la existencia*".

No es necesario mayor esfuerzo para percatarse de que los gobiernos de Estados Unidos, influyen en gran proporción nuestro engranaje gubernamental. Si no fuera así, lo probable es que la vida política de Honduras estuviera oscilando entre gobiernos de leyes y tiranías efímeras que el hondureño no dejaría prosperar. Bajo la influencia de Estados Unidos, en concordancia con los Pactos de Washington (1907), que establecieron el no reconocimiento de gobiernos inconstitucionales podríamos ir entrando al ejercicio del Derecho con más facilidad; pero mediante aquella influencia, expresada en forma negativa con la polítca de Buen Vecino, estamos más que muertos para una vida de libertad y garantías, porque el monócrata está virtualmente respaldado por la Casa Blanca.

En este último sentido, podemos decir que, la actitud de Washington, según el ángulo visual desde donde se contemple o el plano sobre el cual se tomen las cosas, ha estado hábil o inhábilmente dirigida. No se comprenden muy bien las cosas. Cuando se lee al Primer Ciudadano de Estados Unidos, por ejemplo en su discurso del 15 de marzo ppdo. en la noche, en párrafos como este: "De lo que trata el nazismo es de destruir de una sola vez y para siempre todo sistema de gobierno basado en la libre elección de los pueblos, en todos los continentes de nuestro planeta, inclusive en el nuestro. Desean establecer sistemas gubernativos basados en la esclavitud de todos los seres humanos cuyos destinos serán regidos por un puñado de jefes individuales, que se han adueñado del poder a viva fuerza", a la vez que se aplauden con entusiasmo las palabras del Presidente de la gran nación, uno cree que reprueba esa clase de sistemas no sólo en Alemania sino en cualesquiera partes donde existan; mas volviendo la mirada a Honduras, no alcanzamos a diferenciar el nacional-socialismo alemán del carlismo hondureño, salvo en aquello de que no puede éste, interferir en las actividades comerciales y políticas de las grandes potencias.

No podemos explicarnos, ni por otra parte creer, que los saxo-americanos, por medio de sus personalidades más destacadas, sean los más fuertes defensores de un régimen de opresión en el centro de América, cuando adversan los de igual índole en Europa; no podemos conformarnos a saber que el pueblo de Estados Unidos, descrito por los grandes pensadores del habla española como símbolo de la libertad y alegoría del trabajo, sea indirectamente, apoyo de un gobierno que los estadounidenses no tolerarían un segundo, porque como dice Castelar, aquellos hombres altos, rubios, nervudos, que atravesaron un océano en tempestad constante, con un horizonte preñado de brumas, con el aire huracanado y el tiempo tormentoso, y saltaron de las férvidas olas para internarse en la tupida selva con su biblia de cuáqueros bajo el brazo, hacha en mano y llevando por compañera inseparable su libertad, habían escapado del cuchillo de los Estuardos; y se alejaban de la dulzura y satisfacción de un cálido hogar para establecer la santidad de su derecho aquende los mares; y no podemos imaginar que ese pueblo que siempre ha dado inequívocas pruebas de su celo por el mantenimiento de los derechos del hombre, proclamados por ellos mismos en 1776, trece años antes de que se formularan en Francia por la Revolución, sirvan de escudo a quienes los pisotean y escarnecen!

Los americanos del Norte se han constituído en defensores de la vida democrático-republicana desde el momento en que consignaron en el

acta de su independencia estas palabras: "Asumimos como verdades evidentes que todos los hombres han sido creados iguales; y agraciados por Dios con ciertos derechos inalienables; que entre éstos se encuentran la Vida, la Libertad y la prosecusión de la Felicidad; que para asegurarlos se han instituído los gobiernos entre los hombres, derivando sus justos poderes del consensus de los gobernados; que donde quiera que una forma de gobierno destruye estas finalidades, el pueblo tiene el derecho de reformarlo o abolirlo e instituir uno nuevo descansando su estabilidad en tales principios y organizando sus poderes de manera que sean más efectivos para su seguridad y felicidad". Y un pueblo consciente de sus responsabilidades históricas como el saxoamericano, tiene que velar hasta por el más insignificante detalle que pudiera eventualmente empañar una límpida norma de conducta, so pena de que lleguemos a la más completa y amarga realidad de que los principios nada valen ni nada son!

Por último, ¡pueblos libres del Continente!, venimos a subrayar que necesitamos y solicitamos el auxilio moral de ustedes en esta cruzada libertaria. Nuestras voces se pierden en el vacío de un espantosa campana neumática; pero las de la Argentina, las de Sud América no se pierden en las galerías de la Unión Pan Americana, ni se extinguen en el Senáculo, ni tropiezan en los anfiteatros de Casa Blanca. Apelamos ante la conciencia de América para que pronuncie su veredicto contra la usurpación; y nos acogemos al patrocinio de la Confederación de las Democracias para que ponga de su parte cuanto sea posible a fin de "obtener un movimiento de opinión en las tres Américas, que conduzca por las vías del derecho a la paz moral y política" de los oprimidos por fuerzas extraordinariamente superiores; y luego facilite el prestigio de las instituciones democráticas.

Esperamos llenos de ferviente anhelo que los trabajos susodichos serán una fuerza viva para ayudar a los sectores que en Honduras propenden, como dice la declaración XVIII, a la realización de los postulados de la democracia por medio de la soberanía popular, del sistema representativo y el constitucionalismo, convertido por desgracia hoy allá en cruel y sangrienta farsa!

HÉCTOR MEDINA PLANAS

San José, Costa Rica, octubre de 1941.

El Día de la Raza

(En el *Rep. Amer.*)

Simbólico ha de ser para nosotros el 12 de octubre. Simbólico como nunca lo había sido, hoy que Europa despiadadamente se desangra, frente a las potencias agresoras que predican y quieren poner en práctica el racismo. ¡Simbólica esa fecha, y de honda significación humana, par todos y para cada uno de los pueblos del hemisferio occidental!

La fiesta de la raza—es indispensable proclamarlo a grandes voces—nada tiene que ver con la bárbara doctrina de la diferenciación de glóbulos sanguíneos, pregonada por los arios. Nada tiene que ver con esa diferenciación, porque el concepto americano de la raza, y el concepto teutónico o romano del racismo, son acepciones que consideramos absolutamente antagónicas en nuestro medio.

Raza, desde nuestro punto de vista, no es comunidad de sangre, ni forma característica del cráneo, ni cabellos finos o hirsutos, ni tez morena o rosada, ni pigmentos blancos o negros. No es, en otras palabras, el grupo o los grupos raciales que pudieran clasificar, con el auxilio del microscopio, los teóricos de la biología.

En ese sentido material no es posible, ahora ni nunca, que hablemos en América del 12 de octubre. En lo que atañe a huesos, a músculos, a pómulos salientes o a nariz achatada; en lo que se pudre y queda convertido en polvo, no podemos ni debemos sentir inspiración los que nacimos y hemos podido formarnos en este lado del Atlántico.

El 12 de octubre habrá de tener para los hombres de América, frente a la experiencia dolorosa de Europa, un significado tan profundo, tan nuestro, tan universalista, que de un confín a otro del planeta, sin afán de dominio ni asomo de soberbia, puedan celebrarlo quienes sean capaces de sentir anhelos justos de mejoramiento integral de independencia, de cultura, de humanidad, de amor al hombre-hombre, en pugna siempre con el hombre-bestia.

Porque la raza no es para nosotros lo que va a la tumba, sino la luz que ilumina al que vive o muere por una noble causa. Indio fué Juárez, y mulato Maceo, y mestizo Morelos, y no tenían ojos azules nuestros libertadores. Indios fueron los aztecas y los incas y los araucanos. De mezclada sangre los llaneros tropicales y los gauchos argentinos. Pero ellos son la raza, nuestra raza, no importa la calidad del pelo ni el color de la piel.

Y con Bolívar, Sucre, Miranda, O'Higgins, Hidalgo, San Martín, Guerrero, Morazán; con Martí y con sus indómitos cubanos, varios lustros después; con toda la pléyade gloriosa de los grandes espíritus que nos dieron independencia, forman además la raza—¡nuestra raza!—aquellos otros fanales brillantísimos que se llamaron Sarmiento, Montalvo, Alberdi, Bello, Hostos, Cuervo, Varona y tantos otros forjadores del pensamiento y de la acción de América.

Y son también la raza, para el sentimiento y la conciencia de las grandes mayorías de América, los chinos heroicos que defienden a su patria de la invasión nipona; y los franceses de la Francia Libre; y los alemanes antinazis, que sufren en los campos de concentración; y los griegos indomables que supieron luchar, bizarramente, contra los ejércitos fascistas del señor Mussolini; y los rusos que se enfrentan a la invasión teutona del antiguo imperio de los czares; y los ingleses que liberan a los abisinios, dando por fin al mundo su ejemplar lección de resistencia a la barbarie; y Washington luchando por la independencia de los Estados Unidos; y Lincoln, fuerte y magnánimo, aboliendo la esclavitud, incluso contra la voluntad de engañados ilotas inconscientes; y el Presidente Franklin Roosevelt, oponiendo todo el poderío de su país al despotismo y a la fuerza del Eje Roma-Berlín-Tokio; y los más altos valores del arte, de la literatura y de la ciencia, desterrados y perseguidos inmisericordemente por las hordas de la barbarie tudesca, desatada en pleno siglo veinte sobre el mundo.

Eso es para nosotros la raza, concepto totalmente contrario al racismo, que divide a la humanidad en una clasificación absurda y deprimente de razas superiores—"pueblos elegidos"—y de razas inferiores, sin otra misión que la de acostumbrarse a los métodos más crueles y ominosos de la servidumbre.

Desde otro punto de vista, el de la hispanidad, la raza debería ser para los hombres libres de América lo profundamente espiritual de España: sus poetas, sus pintores, sus juristas, sus hombres de ciencia y de trabajo. La España eterna, en suma, que no es, ni mucho menos la anti-España de Francos, de Sanjurjos o de Molas; ni la de tejas montaraces; ni la de espuelas o de tizonas; ni la anti España de los que hacían acá fortuna en ancas de la explotación y la encomienda.

Contra esa anti España cerril, todavía entorchada y poderosa en la Península, alzáronse invencibles nuestros libertadores. Contra esa anti España, y no contra el pueblo español, movieron su pluma fervorosamente los Montalvo y los Sarmiento.

Próceres y pensadores de nuestra América, enemigos mortales de la España negra y decadente de Fernando VII o de Isabel II, de sus antecesores y de sus descendientes, demostraban en esa forma su universalismo, su verdadera hispanidad. Y así lo demostraban, porque combatían precisamente todo lo que era oposición a la raigambre democrática del pueblo ibero. ¡Pueblo blanco, metido en armadura, que bajo el sol de América hizo a un lado sus aprestos de guerra y se volvió mestizo!

Por esa hispanidad, por universalidad tan definidamente comprobada en cuatro largos siglos de convivencia espiritual y material—de pueblo a pueblo—; por todo eso que es la antítesis del racismo, pero que constituye el origen y la esencia de nuestra raza, cobra significación tan especial el 12 de octubre. Y estamos en la obligación de celebrarlo, manteniendo los mismos ideales que hacen de este continente el más seguro refugio de la cultura humana.

Raza en nuestro "clima", siguiendo nuestra tradición, tendrá entonces que ser antirracismo. Y antirracismo deberá considerarse como incesante batallar contra todo aquello y contra todos aquellos que se opongan, en nombre de la redondez del cráneo o del color de los ojos, a los postulados del sentido humano y verdadero de la civilización.

VICENTE SÁENZ

México, D. F.

Al Dios desconocido

(De *El blasfemo coronado*)

Yo digo que alguien está detrás de mí, enmascarado y semejante a un enemigo, recuerdo al hombre que andaba en la feria y comía pájaros fangosos y se sentía morir cuando pasaba un niño y veía la suerte con aguas,

también recuerdo a mi padre cuando lavaba un caballo, purificaba una potencia.

Pobre de mí que evoco todo lo más terrestre, me saco los ojos en mentidas tierras de promisión y me encierro en un cántaro contando los pasos del que viene hacia el pozo.

Yo nunca hablo de encarnaciones ni lamento la luz desterrada, sólo los astros pasan mirándome fijamente,

vosotros miráis como si tuviérais los ojos amorosamente cosidos, encima de los tejados miráis y no en vuestras entrañas;

alguien os abre y cierra el cielo, sin mucho ruido, os recoge los huesos un poco trajinados y todo ello es un don;

os movéis como si solamente estuviérais encarnados, os admiro señor de las pereces,

a vos también estercolero que dejáis al bronce nublarse.

Alguien viene al galope, mas no veo al jinete, sólo la herradura que centellea y que vuela sobre mí como una marca, sólo al clarín que me muerde.

Quienquiera que seáis, no exterminéis el sueño venturoso de la vida, dejadme las cosas como las tiento y no más profundas,

dejadme a los hombres dispuestos a amar y agarrados fuertemente a mis oídos.

Soy un fantasma trunco, un buey delirante que lame dentro de sí su inconclusa estirpe y gime por su mutilación.

¿A quién? ¿a quién nombrar en la elevada montaña? Hay un panal desprendido que el pulgar del ermitaño aprieta contra mí, es un sábado terrible y brasas penetran en mí.

Oh, tú, dios, cuyo rostro es sólo una campanada, emboscado puro, tú sin nombre auxíliame, si te anunciaras un poco, ya podría alcanzar la orilla donde la uva inmemorial se arruga entre las ráfagas.

Engaños que me hacen, interrogaciones inútiles, armas llenas de escoria, el peso de mi alma es ardor y mis ojos algazara de nostalgia por asientos pegados a ti.

Progenitores secretos que os pasáis toda la eternidad secuestrándome, a vosotros os invoco, deslucidos seres que vais royendo lo que aquí con júbilo habéis vivido.

Amontonadme un día, cuando el cielo se detenga largo rato y pronunciad palabras que sean como el vuelo de las aves.

No importa que yo fomente las hojas grises de la tierra y que conviva en los maizales con dulces privilegios, revestidme y hacedme andar según vuestro rumbo.

Jamás estaré en plena posesión de mí ni tampoco de ser o cosa alguna, recibo mi alma devuelta como una saya tirada a los mataderos, me asomo a un espejo empañado que una mano crispada lleva por los aires.

Mas, ¿qué importa si algún modo de la muerte amanso?

Pero a veces parece que miraras por encima de mi hombro, siento tu mano fría que oprime el haz de la tierra y tus alas lúcidas se inflaman en todo lugar y entonces la presencia de las cosas siento como una misteriosa danza inmóvil.

Muévete debajo de mí, álzate encima de mí como si realmente existieras y tuvieras intercesión en mi destino y yo fuera fortaleza para mostrarte.

Deja que el día de mañana brote de ti como agrandado en tu aceite puro.

Ah, entonces lamería tu máscara, entonces hablaría con los animales. (¿Están solos? ¿se hielan? ¿son templos encantados?).

Y me llenaría de escamas como los niños y cogería una hierba para que se acostara mi alma libre de todo temor.

Endúreceme bajo los pies, arráigame en mi boca y encamíname. Pero te hablo como a un eco, no puedo hablarte reciamente. ¿A quién estoy hablando?

Viene la tormenta y los obscuros pinos hablan mejor que yo, te entonan más alto que mi corazón descreído, vienen lágrimas que andan por la casa silenciosamente remojando los cuartos inmundos, viene la sombra del tiempo que falta para todos los que vivimos mezclándonos con la divina casualidad.

Abandonado a sí mismo sangra el hombre sobre todo lo que pisa y sus dioses crea y demuele eternamente y el fruto de su pensamiento muerde en la soledad.

De nuevo soy como un fundidor empeñoso de súbito desmemoriado, miro mi corazón, su haz de despojos levanto, es mi único altar y está nevado.

¿Eres el inmenso árbol de la vida tumbado incesantemente por mí que arde demasiado cerca? ¿eres el padre o el hijo de mi muerte? Como blanco enjambre, muerte mía, cubridme!

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA

Tabla de las vacilaciones

(De *Vigilia por dentro*)

El sombrío color de mis cabellos cubre al mundo
reprime mi corazón hasta que las luces son atadas,
golpeándome las sienes, lo que moraba en ellas
he arrancado desamparándome hasta una pureza sin más.

Cernido el pecho por una claridad apenas cierta,
ávido de una fría forma, un número inexorable,
me corre un aceite fresco de sentido en sentido
cuando la raíz del día se mueve en las sienes vanas.

Ay me cansa el dormitar, espejos ciegos me duelen,
lo logrado es apenas un destello bajo el agua,
quiero el glorioso día flotando sobre piélagos nocturnos
la frente reconquistada como armadura blanca.

Pero el corazón desciende de viejas dinastías de secretos
y cantando sigo en el recuerdo de lo que jamás he visto,
mis párpados descienden hasta más abajo del alma
para que siga gozada mi frente por sus abismos tenaces.

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA

Lirios pensativos

(*Envío de la autora*)

Para usted, señor García, acogedor de hondas impresiones, va mi humilde colaboración.

Para *Repertorio Americano* (Revista constructiva que debe vivir en todos los hogares).

La brisa acarició dulcemente mi cuerpo de joven que dicen haber sido bello.

Los lirios me enviaban sus aromas y reíamos Natura y yo.

Ahora. Arrecia el viento, llevando polvo y hojarasca con rumbo a occidente, siguiendo las huellas de la muerte de la tarde, que ha de dar el triste abrazo a la noche tormentosa, llueve fuerte; hay frío en la alcoba y en el alma nieva.

No florecen ya los lirios de la fuente inagotable de mi llanto, ellos moran pensativos, ellos aprisionan tus desdenes y el recuerdo de tus últimos quebrantos.

Florecerán mis lirios, cuando el otoño pase.

Al ver que cual gusano te arrastras por el fango, entrarás en letargo de crisálida, sentirás la transformación divina que te ha dado el Ser Supremo, y ya, en un plano superior, podrás feliz volar. Entonces ya libre de pecado, no me tienes que implorar perdón. Podrás libar el más puro néctar de mi interior jardín.

EGLANTINA DEL VALLE

Heredia, Costa Rica, setiembre de 1941.

Lo he visto

He andado sin descanso. Sabe el cielo en cuántas ciudades, barrios, cementerios, puentes y pasadizos. No sé donde, he encontrado un hombre que empujaba un carrito de verduras. Gritaba: *Chou-fleur, chou-fleur*, la *fleur* con una *eu* extrañamente confusa. A su lado iba una mujer fea y angulosa, que de vez en cuando, le empujaba. Y cuando le empujaba, gritaba él. También a veces gritaba él, de por sí, pero entonces su grito había sido inútil, y enseguida necesitaba gritar de nuevo, porque pasaban ante la casa de un cliente. ¿He dicho que este hombre era ciego? ¿No? Pues bien, era ciego. Era ciego y gritaba. Al decir esto lo falseó, escamoteó el carrito que empujaba: finjo no haberme dado cuenta de que voceaba coliflores. ¿Pero es esencial? Y aunque fuese esencial, ¿no importa más saber lo que he visto yo? He visto un hombre viejo que era ciego y que gritaba. Eso es lo que he visto. Visto.

(*Rainer María Rilke*, Los cuadernos de Malte Laurids Brigge.—*Losada. Bs. Aires.* 1941).

Carta de Ciro Alegría al Sr. Presidente del Perú

(En el *Rep. Amer.*)

Washington, D. C., 29 de septiembre de 1941.

Señor Ingo. Manuel Prado,
Presidente del Perú.
Lima, Perú.

Señor Presidente:

Tengo el honor de dirigirle esta carta para pedirle la libertad del escritor Juan Seoane y del poeta Serafín Delmar. Al hacerlo, no me presento a usted con otra credencial que la de ser un escritor cuya obra tiene algún mérito, según dice la crítica, dentro de las letras americanas. A pesar del silencio que a este respecto guarda la prensa de nuestra patria, confío en que para usted y los mejores hombres de su gobierno cuentan todavía los valores espiritulaes. Con esta esperanza es que le escribo.

Creo que Juan Seoane y Serafín Delmar merecen la libertad. No solamente por su capacidad intelectual y su aptitud estética, que hacen su condición de prisioneros más deplorable, sino porque, sobre todo, son ciudadanos duramente golpeados por la injusticia. Sin entrar a discutir una condena que usted seguramente conoce mejor que yo, quiero hacerle recordar que para juzgarlos se dió una ley especial que adquirió efecto retroactivo, contra toda ley. Así Seoane y Delmar llevan ya diez años de lacerante encierro ante la inquietud angustiada de las conciencias vigilantes de América, que se preguntan: "¿Hasta cuándo?"

Conozco personalmente a Seoane y Delmar; yo he estado junto a ellos porque también yo sufrí prisión, durante un año, en la Penitenciaría de Lima. Puedo afirmarle que son dos claros espíritus, nobles e inteligentes, cuyo martirio de cada día constituye una ofensa para los sentimientos de humanidad y de justicia y para la cultura del Perú. Usted, señor Presidente, sin duda ha leído "Hombres y Rejas", el tremante libro de Seoane. Usted sin duda se ha horrorizado ante unas páginas en los cuales parece crujir el dolor del hombre herido y abandonado en un antro de oscuridad sin tregua. Usted sin duda ha pensado ya en abrir esas rejas, con amplio gesto reivindicatorio, y me es grato creer que mi carta llegará a sus manos cuando tal resolución estaba tomada.



Ciro Alegría
(1941)

Es natural estimar que para usted, en su condición de presidente de nuestra república, el asunto debe tener, ante todo, un carácter político. En este caso yo podría guardar silencio, pues los escritores rara vez adquirimos una eficacia directa e inmediata en política. Nuestro mensaje más cabal está dirigido a los pueblos y ellos lo maduran con los días y lo devuelven a través del tiempo. Es la característica del trabajo del escritor. Pero si mi voz representa algo dentro de este momento, yo le diría a usted y a todo el Perú, con muchas ganas de ser escuchado: *Basta de fratricidio!* Y sin personalizar, señor Presidente. No culpo a usted y, dentro de la perspectiva histórica, a ninguno de sus inmediatos antecesores. El drama de nuestra intolerancia civil comienza lejos y está enraizado en la vida peruana con tenaces y oscuras raíces. Es como si la lucha entre pizarristas y almagristas no pudiera terminar todavía. Merecerá grande reconocimiento y gratitud de nuestra patria el gobernante de mirada vasta y corazón bien puesto que, dando fin a una sangrienta contienda que dura más de cuatro siglos, cree mediante actos enérgicos a la vez que austeros el sentido de la unidad nacional.

Pensando así, yo le pediría que se levante usted frente a nuestro pasado para iniciar un nuevo rumbo poniendo en libertad a todos los sentenciados por tribunales de excepción. Comprendo que la tarea no es fácil, que se debe luchar contra defectos que se han tornado hábito, intransigencias transformadas en menudos símbolos de poder y empecinadas fuerzas que tratan de afirmar negando. Pero es necesario partir de algún punto y confío en que usted, asumiendo una nueva actitud en la vida peruana, quiera iniciar la era de la convivencia civilizada de todos los ciudadanos dentro del respeto a la ley y la dignidad humana.



Serafín Delmar

En resumen, sólo me resta decirle que en servicio de la justicia y la cultura, caras conquistas del hombre que usted seguramente aprecia como gobernante y como ciudadano, no dudo de que pondrá en libertad a Juan Seoane y a Serafín Delmar.

Lo saluda atentamente,

CIRO ALEGRÍA.

Los constructores de Indoamérica

(En el *Rep. Amer.*)

Si este vasto y desconocido continente yacía despreciable por su sensualismo y crueldad hispano-africanas, hoy se levanta gracias a una voluntad superior que le golpea desde las raíces que dieron forma y contenido a la tierra y al hombre de este mundo.

El sensualismo y la crueldad —instinto y sentimiento de los opresores de ayer— yuxtapuestas a nuestra sangre, nos estaban perdiendo. Pues nada degrada como el sensualismo, ni inferioriza como la crueldad. De allí su sibaritismo y falta de generosidad para juzgar y apreciar el pensamiento o la acción del semejante terrígeno o nacional. No hay acción o pensamiento tan malos que no tengan algo bueno. Negativos siempre, no éramos capaces de construir. En cambio para destruir, éramos y somos todavía los más crueles.

Por fortuna —antes de que esta salvaje guerra nos mostrara que perecen los pueblos sensuales y crueles, y que sobreviven sólo los países sobrios y generosos para comprender lo suyo— ya nuestra juventud se había inspirado en la inexhausta fuente del pasado indoamericano, donde los pueblos, por sobrios y sacrificados, dominaban a su destino. No hay duda de que la sobriedad y el sacrificio son las mejores herramientas para construir pueblos y hombres. Pero la templanza y el sacrificio serían estériles si no se les acompañara con la acción. Y ésta, hoy como ayer, es la única actitud que honra y da categoría al hombre.

Y este nuevo espíritu de la juventud, nuevo por su vitalismo humano, tiene sus líneas ofensivas y defensivas de lucha contra las castas pro-fascistas, enemigas declaradas de todo lo indoamericano, y que desde uno y otro gobierno, preparan la invasión con la complicidad del clero católico, el militarismo y las colonias extranjeras antidemocráticas. Y muchos de estos gobiernos, marcados ya por la vigilante conciencia libre de Indoamérica, tratan de engañar cubriendo su derrotismo con gestos y gritos falsos de democracia. Cierto, podríamos señalarlos si no fueran lo bastante conocidos. Y mientras ellos existan, el peligro fascista será latente. Mas si un día el fascismo japonés, español, itálico o germano planta su tienda en uno de estos países *inferiores*,

(*Termina en la pág.* 319).

Darío o el hermano verso...

(Del libro: *La flecha en el arco.* Ensayos. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1940)

A *Matías Errázuriz*

No diviso qué de nuevo se pueda contar sobre Rubén, si ya se ha dicho todo, cierto o no, justo o injusto, sobre su vida desgarrada, sus versos innovadores y su anecdotario pintoresco...

Todo; pero tal vez no se ha investigado lo bastante sobre la mixtura de razas que debió haber en el célebre nicaragüense con fisonomía de malayo, manos de marqués y silueta alta y fina: un complejo físico.

Plásticamente, tenía mucho del indio del Motobamba, pero parece evidente que también tenía una dosis apreciable si no preponderante de sangre europea, y llena, por consiguiente, de ancestralismos, porque, de otro modo, no se explica su entrada de sopetón y sin tanteos previos, a lo más delicado y abstruso de la poesía de las postrimerías del siglo pasado: entró a la innovación como a un campo propio, y, en consecuencia, no está suficientemente explicado el misterio racial del indio que aún antes de arribar a París con su levitón, su latín, su *Azul*... y su alcohol, que irrigaba zonas desconocidas de su espíritu, ya estaba familiarizado con todos los matices del modernismo finisecular.

Sería de un interés innegable la realización de un estudio documental, es decir, científico, sobre la genealogía rubeniana, y me permito señalar el tema, tanto más novedoso cuanto que lo crítico y lo anecdótico sobre Darío parece agotado. Y tan agotado, que al hacerlo comparecer en esta sala con sus ojos de astrólogo y su sombrero de ocho luces, más la de la madrugada a que era tan adicto, tendré que hacer no sé qué malabarismos para no repetir lo que he contado al amor de los recuerdos y de la letra de molde.

—o—

Santiago del Nuevo Extremo—y menos mal que no le pusieron del último extremo...—ha tenido siempre una especie de imán para la gente de otras tierras. La única manera de pasarlo bien aquí es ser extranjero, decía don Marcial Martínez Cuadros, anglófilo, locuaz, cultísimo y dotado de una ironía tan certera como personalísima.

Viene de lejos en la cronología y la idiosincracia nacionales esto del imán, y cuando en tierras de Martín Fierro andaba degollando con música de candombe don Juan Manuel de Rosas, aquí llegaba a uña de mula lo más espigado del espíritu y del reformismo de la otra banda: Mitre en busca de historiales sobre San Martín, la Emancipación y la Expedición Libertadora; Sarmiento, maldiciente y genial, y Alberdi con sus *Bases* constitucionales diseñadas a la sombra provincial de los chirimoyos quillotanos.

Afluían emigrados de todas las latitudes del continente en sangre: de Colombia, revolucionaria y dialéctica; del Ecuador maravilloso, recién disgregado de la vasta concepción bolivariana; del Perú virreinal; de la Argentina laceada por Facundo; del Uruguay acosado por Oribe...

El Chile seriecito y austero de la organización, lograda con unos cuantos pesos, pero severamente administrados, era una especie de casa de huéspedes del continente convulsionado, y las puertas de cuarterones de entonces vieron pasar una serie de celebridades en futuro hipotético, porque eran muy duros aquellos tiempos. Entraban en silencio a sus cuartuchos enladrillados y con techo de colihues; encendían un velón de sebo y se ponían a escribir versos nostálgicos, libros profundos o artículos furibundos contra los tiranos empecinados y presuntuosos que alardeaban en todas partes del continente en plena ensayología punzó. Sarmiento, por su parte, daba puñetazos, clavaba las uñas en el álamo de la mesa en bruto y soltaba terno tras terno sanjuanino contra Rosas; contra Bello, clasicista y codificador; contra Lastarria, escritor y pensador, o contra Jotabeche, punzante y nacionalista.



Rubén Darío

(Dibujo de *Miguel Petrone*)

En cuanto a ponarama, Santiago era lo corriente en los poblados indo barrocos de entonces: balcones volados para ver el paso de las procesiones o de los soldados victoriosos; plazoletas con una fuente o un pilón; rejas con un gajo de palma bendita, más la Cañada, el puente del corregidor Zañartu y una que otra torre con campanas de cobre coquimbano.

En 1841 y diez años después, al finalizar la fecunda administración Bulnes, se producen recios encontrones a sable, lanza y fusil de chispa; pero triunfó una y otra vez el centralismo organizador, olvidado, desgraciadamente, de la cultura y el bienestar de la masa, y Chile continuó siendo durante más de medio siglo, la persona de respeto del continente... Se administraba con un rigorismo que habría escarmentado ejemplarmente las "habilosidades" que empezaron a aparecer con la opulencia de la victoria y el salitrazo, y al amparo de la paz pública, propicia al trabajo y las cosas del espíritu, afluían los perseguidos de todo el continente conflagrado por la anarquía. Llegaban con un equipaje muy sumario; pero llenos de esperanzas y de bríos combativos, y hace más de medio siglo, también llegó Rubén Darío; pero no en calidad de insurrecto ni de rebelde, sino en plan de andanza bohemia. Había llegado hasta él la fama del progreso y la pujanza chilena y arribaba con la maleta y los bolsillos vacíos; pero con la cabeza llena de sueños. Venía de Centroamérica, tierra eslabonada de volcanes; le asomaban sobre los labios gruesos y ansiosos los bigotes mandarinescos que después domaría a cera, y traía unas epístolas de presentación para Lastarria, Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna—los historiadores consagrados, como que ya tenían una obra enorme e imprescindible. Lastarria, el leader pipiolo que se enfrentó al peluconismo era llamado el maestro en algunos de nuestros países. Darío presentó las cartas de recomendación del general Cañas, muy conocido en su casa, y creyó llegar a París al tranquear sobre las piedras bravías del Santiago de aquel entonces: casas de huéspedes del ciclo blestganiano; casonas con zaguán, cochera y mojinete; riacho desmandado y con nombre indígena y uno que otro palacete con columnas y cariátides de yeso que dejaron maravillado al autor de la *Canción del oro*: el hombre venía rectamente del Momotombo a Santiago...

Ingresó a *La Epoca*, diario de un millonario del cual pudo ser el poeta, el Horacio o el Propercio. Pero en vez de Mecenas se encontró con el señor Mac-Clure, director, que evidentemente le sirvió de modelo simbólico para el célebre cuento en que el poeta toca el organillo bajo la nieve para entretener a su señor, el "rey burgués".

En *La Epoca* acampaba una especie de bohemia de guante blanco que cenaba alegremente, es decir, en buena compañía, en el viejo restaurante Gage; que en las tardes se trasladaba en victoria arrendada bajo los árboles polvorientos del Parque; que leía libros y diarios franceses y que iba donde M. Chopis, en los portales en que aún queda uno que otro espejito evanescente y cegatón, a admirar los primeros bronces Barvedienne llegados a Santiago.

Rubén ingresaba al país cuando empezaba a sonar la plata del salitre y el Chile orgulloso y pobretón iba a pasar o pasaba ya de la estrechez de pellejería en que creció "a lo que te criaste" a la riqueza y abundancia que según Plutarco, moralista, corrompió a la misma Esparta después de su triunfo sobre Atenas.

El poeta estaba encantado con la ciudad; pero crucificado sin tregua por la modicidad franciscana de la soldada que en forma de cuentagotas o recibos a caja le suministraba Cartagena, administrador del diario. Pero, a pesar de esa circunstancia molestísima y acaso para trascordarse momentáneamente de ella, el poeta solía sumergir sus escuálidos recursos en el Santiago tenebroso de los barrios excéntricos... Rodaba y se le creía perdido para siempre; pero, afortunadamente, Ortiz, portero y baquiano, no tardaba en rescatarlo, restituyéndolo, deshecho y arrepentido, a los pies de la Venus de Milo, que presidía con impasibilidad parnasiana los salones de *La Epoca*.

Cursaba el tiempo a que alude en la epístola en que se lamenta de "lo amargo de su memoria chilena".

Tenía entonces veintiún años y le temblaba a las ánimas del purgatorio y al cobrador que lo urgía con la factura de su levitón romántico, eventos en que se encomendaba, tanto a sus devociones de creyente, como al contenido de la calabaza para el ron, importada por él desde las faldas en ebullición del Momotombo y el Ometepe.

Entre escapatoria y escapatoria, seguida de las afortunadas pesquisas de Ortiz, conserje criollo, se extendía generalmente una corta tregua de abstinencia en que Darío se devoraba fajos de *Le Fígaro*, que llegaban a *La Epoca*, y los paquetes postales con los libros recién aparecidos de Catulle Mendés, Armand Silvestre, Lecomte de Lisle, remitidos a algunos de sus amigos.

Lo eterno, hecho de belleza y novedad; lo indestructible de su obra innovadora aguijoneada por la necesidad, era escrito, pues, cuando hallándose *en puré,* como dicen en el barrio bohemio de París, el poeta se encerraba en plan de cenobita, para lo cual sentía una vocación muy decidida durante las abstinencias interrumpidas no bien lograba ponerle la mano encima a una cuantos pesos, francos o pesetas.

——o——

Tenía doce o trece años cuando lo conocí, y demás está decir que me causaba una curiosidad que seguramente era el fantasma literario que empezaba a entrárseme al cuerpo.

Sonaba ya orientalmente el nombre del poeta exótico y luego apareció un librito, costeado por Pedro Balmaceda: *Abrojos,* mezcla de Bécquer, Heine y un poquito de Campoamor, en que, evidentemente, hay más de una saeta que habrían suscrito muy complacidos el ruiseñor sevillano o el que hizo su nido en la peluca de Voltaire.

Poco después, Darío absorbió con indecible fruición los pesos, casi a la par, con que el Certamen Varela premió en hora oportunísima para su autor el *Canto a las Glorias de Chile,* que años después tuve la gratísima sorpresa de ver encaramado en los anaqueles de la calle de Alcalá, tronío de la vida madrileña anterior al Apocalipsis de estos momentos tremendos.

Como de costumbre, volaron en un santiamén los pesos gordos del Certamen, y Darío continuó con la corbata apretada por las penurias y prendida por sus angustias sin fin. Y para mayor desolación, se habían dispersado, siguiendo diversas trayectorias, los amigos de *La Epoca,* que había ilustrado sus páginas con firmas mundiales y el poeta fue a dar a una pensión de patio con naranjo, jaulas, quiltros y una patrona inflexible con los remisos en materia de abonos mensuales. Extendió sobre los ladrillos cuadrados unos ejemplares, como sábanas, de *El Ferrocarril*; tendió encima un colchón con más relleno de papeles que lana auténtica y colgó en un clavo de gancho el levitón—pieza de resistencia de su indumentaria de cuatro estaciones—, el levitón y su sombrero de ocho luces en que esta vez se reflejó la de la vela colocada en una botella vacía... No estoy seguro, aun cuando vi aquel cuartucho con estos ojos que se ha de comer la tierra, que hubiera mesa y sillas.

El poeta saturniano se tendió en su lecho—más de "abrojos" que de rosas—; juntó sobre sus bigotes chinescos "su manos de marqués", como decía modestamente; cerró los ojos, lo que no le costaba mucho, y comenzó a evocar a la reina Mab... Plena imaginación, pleno estado subconsciente.

Parecía un sonámbulo—siempre lo fué—; el *Azul...* empezó a llenar fastuosamente el tabuco de cuarta cuadra, y si Cervantes no comió cuando terminó el Quijote, Darío, a su vez y distancias guardadas, cenaba tarde mal y nunca en los días y las noches ultra bohemias en que pergeñó el librito augural que iba a ser la Biblia estética de la transformación literaria que empezara con él. Sin las princesas, los faunos, los caramillos y los clavicordios del empalagoso período versallesco, el *Azul...* y los *Cantos de Vida y de Esperanza* son lo más perpetuamente hermoso dejado por el poeta de la pieza con las vigas al aire, el papel hecho jirones y los ladrillos cuadrados en que correteaban las cucarachas, como en los cuentos de Andersen.

——o——

Llega el momento de preguntar quién, por dado a la quiromancia que hubiere sido, habría predicho en el huésped de la pensión con sopa boba como la de la puerta de convento, al mago de la transformación que empieza con el *Azul...*

Ese libro fue la revolución literaria, una revolución impregnada de influencias francesas; pero respetuosa del rico instrumento idiomático a que frecuentemente le achacan un supuesto pauperismo léxico los que no lo conocen o no saben manejarlo. En efecto, el innovador de 1888 no dislocó ni atropelló el idioma al transformar la poesía española, remozando sus ritmos y acercándose a Góngora, el desconcertante racionero de una iglesia cordobesa que al reaparecer, permite creer, como dice Cruz Ocampo, que la sensibilidad sigue hoy los mismos caminos de la antigua.

Al entreabrir la puerta gruñidora tras la cual Darío soñaba su *Azul...*, se habría podido pensar que se trataba de un hombre derribado por la vida. No era así: la realidad hosca y fría era una cosa y otra su espíritu, mezcla de volubilidad y de fuerza, de desfallecimientos y nuevos ímpetus. "El poeta empieza donde acaba el hombre".

Emperrado e indiferente ante su vía crucis, era frecuente que se quedara mirando en el vacío, como a la espera de sus frases maravillosas y siempre musicales, aunque prescindiera de la rima.

Sonaba un organillo callejero, tartamudeando una melodía verdiana, y sonreía volviendo a la agria realidad... Se abría la puerta que dejaba ver el naranjo nupcial de los patios andaluces, y aparecía una merienda digna de la cárcel sevillana en que entonaron juntos la Salve crepuscular, rezada en coro por los presos, Miguel de Cervantes, y Mateo Alemán, es decir, *Don Quijote* y *Guzmán de Alfarache.*

Algunos meses después de su posada natalicnesca, Darío se trasladó al Puerto y apareció entre las grúas, los fardos y los braceros del malecón. Le habían dado un empleo para matar el hambre—pesador de Aduanas o algo así—, lo que, afortunadamente, sirvió para que escribiera un cuento a la manera realista cogido en las faenas de la carga de los lanchones con un friso de gaviotas en la borda y unos brochazos de azarcón en la panza.

Quiso redactar en un diario porteño, y le dijeron que, desgraciadamente, escribía demasiado bien para Valparaíso.... Tiempos en gris mayor, debe haber pensado Darío.

Se paseaba cogido de la aorta por una angustia indecible y no se hartaba de mirar el mar, negro y a batacazos con los malecones, en invierno. Se agravaban su hiperemotividad, sus obsesiones, sus estados de ansiedad angustiosa.

El poeta en camino de ser un hombre universal, por más que no fue un creador sino un innovador, era protegido a la sazón por el doctor Galleguillos, y cuando el día tendía un reguero esterlino sobre el mar de tarde, Darío se echaba cerro arriba, con el ánimo en un hilo, las manos frías, el estómago vacío.

Quería irse; se hizo una suscrición modestísima, se obtuvo un pasaje de gorra y un día cualquiera se supo que se había marchado con un equipaje de príncipe azul metido en un cajón de vino Panquehue... Iba lleno de recuerdos, fugazmente amables o brutalmente perros.

En cambio, nos dejaba dos hechos gloriosos que nunca sabremos agradecer lo bastante: el *Canto Epico* y *Azul...*

Y como a quien se muda Dios lo ayuda, lo protegió un Presidente poeta, estadista, escritor y teólogo, el señor Núñez, colombiano eminente; visitó de refilón la España pesimista y abúlica de la Regencia en que aún se entonaban los períodos barrocos de Castelar; los poemas de atuendo romántico de Núñez de Arce y las Doloras con encantos e ingenuidades de aldea de Campoamor.

Castelar le dijo unas frases con pompa de carro alegórico; doña Emilia Pardo, aún guapa, le dedicó un retrato de condesa, que era de lo que menos tenía; don Benito Pérez Galdós le obsequió su novelas realistas y sus *Episodios Nacionales,* inspirados, como técnica, en los de Erckmann Chatrian, y don Juan Varela le reiteró el tonificante espaldarazo que le había anticipado en *La Nación* de Buenos Aires.

Siguió luego a visar facturas consulares en Santa María del Buen Aire, como dicen la lejana fundación española y Rodríguez Larreta. Ahí tuvo su "peña" y su revista y no tardó en ser el sacerdote magno de la renovación literaria a que se apresuró a ingresar con sus *Montañas del Oro,* un mocetón con anteojos, bigote recio y renegrido y unos ímpetus de pampero: aludo al pobre Lugones que no hace mucho dejó una frase desgarradora, puntuada por un tiro de suicida.

Cordillera de por medio, Darío disparó para este lado de la montaña una frase amarga: pero no injusta, porque entre nosotros fue un incomprendido: "A veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí que a Chile le agradezco, una inmensa cosa: la iniciación en la lucha por la vida"—decían esa frase y esa carta.

Años después volví a encontrarlo en el ancho teatro del mundo. Madrid en este caso, donde llegué por primera vez con un capital de treinta años y un nombramiento de segundo secretario de Legación. Era todavía el Madrid galdosiano con sus Calatravas campaneando tarde y mañana, con las novelas cromáticas de Blasco Ibáñez y con un rey con una corona más grande que él en su cabeza austriaca y borbónica.

En la Castellana y Recolectos llameaba un cartel escrito con sangre de toro anunciando *La Horda,* y en el Alto Aragón voceaba Joaquín Costa, el león de Graus, la necesidad de una política quirúrgica y la urgencia de echarle doble llave a los huesos del Cid y del Paladín de la Quimera.

La madre España, hoy en sangre de alumbramiento, acababa de perder su últimas colonias; se le había escapado un hemisferio entre las manos de tanto Austria y de tanto Borbón,

y se extendía más y más la cerrazón de un pesimismo indeclinable. Pero España no podía ni puede morir, porque sin ella el Viejo Mundo quedaría despojado del Castillo cuadrangular que le franquea, avanzando hacia el Atlántico. Anularla o reducirla, sería dejar un gran hueco en la historia del mundo y no es aventurado decir que en los primeros años de este siglo ya empezaba a germinar la protesta volcánica en que el pueblo español pediría la cuenta tremenda de lo que se hizo el Descubrimiento y la Colonización de América—obra populista de la masa, desprendida del Romancero, que siguió a Descubridores y Conquistadores.

El país fundador estaba como aturdido y en el Madrid a medio encandilar de entonces sólo fulguraban los claveles de la Imperio coronando el arranque bravío y sensual del baile castizo.

Teatro afrancesado de Benavente; novelas y dramas de Galdós, don Benito, ídolo nacional; tomos y más tomos de Menéndez Pelayo; primeros romances y primeros rezongos de Baroja, fuertemente influenciado por Gorki; sonatas con música de órgano y ruido de armas carlistas de Valle Inclan; paradojas, ansias y llamarazos espirituales de Unamuno, el rector salmantino.

De ahí en *set* cinemático los primeros años hispánicos de este siglo: España sentía un deseo indomable, según Ortega y Gasset, de perpetuarse. Error, si no me equivoco, porque todo organismo vivo despierta y se defiende, según la ley biológica.

Llameaba Unamuno dando muestras de su tortura espiritual; gruñía Baroja entre la bruma y la morriña, gratas a la silueta esquiva de Avinareta, y Zuloaga simbolizaba a la España de ese momento abrumador en el picador que vuelve de la corrida horquillando el caballejo de Rocinante y teniendo al fondo un poblacho castellano aparragado alrededor de una torre de catedral y de la colegiata.

Tal es el momento en que Darío aparece en gloria y majestad intelectual en el Madrid de 1905.

El poeta ya no era el de la pensión de cuarta cuadra y segundo patio. La gordura, caricaturizando su espigada silueta de otro tiempo, había hecho desaparecer el aspecto de sonámbulo que tenía cuando ayunaba y soñaba en el *Azul*... de sus aperreados veinte años. En vez del levitón que en Santiago estilizó su figura bohemia, llegaba a la Corte borbónica y austriaca con casaca y espadín y en vez de chistera, sombrero emplumado y con escarapela nicaragüense.

Es el momento cumbre de su ascensión estética a la gloria auténtica, es decir, a la que puede ir más allá de lo nativo o local.

Tenía cuarenta y un años y llegaba con algo perdurable, si no eterno, porque era lo nuevo, más la música de *Cantos de Vida y de Esperanza*.

Años después, caminaba ante las aguas traslúcidas del Mediterráneo. Se sentía enfermo y vagaba con los nervios sensoriales al desnudo. Estaba en la isla en tricomía que escuchó la Marcha Fúnebre de Chopin y que vió a George Sand con sus encajes transparentes y en rol de vampiresa...

Rubén vagaba entre las rosas que florean la sombra azul de la Cartuja. Juntaba las manos temblando supersticiosamente ante la desgracia y la muerte y al disparar la mirada en la lejanía dorada del mar rey, tal vez recordaba la frase cruel de Maurice Barrés, porque no había sido un creador, sino un innovador genial...: "Y allá lejos, sólo tierras desconocidas y nada más que repeticiones de nuestra Europa".

Oraba, y él, que no tenía nada de qué arrepentirse porque no le hizo mal a nadie, sollozaba queriendo ingresar a la orden seráfica en calidad, seguramente, de hermano verso... Lloraba y se horrorizaba ante la idea de la muerte en la isla maravillosa en que bien pudo nacer la Primavera de Botticelli o efectuarse *l'embarquement pour Cythere*.

Anodado por el efecto que produjo en su ánimo contristado la conflagración europea de 1941, volvió a morir en su tierra de volcanes.

—o—

Pues bien, tenemos una deuda insoluta con Rubén Darío... ¿Con aquel de la frase acre sobre su permanencia aquí?...

Con el mismo, porque no podríamos olvidar que es el autor del poema épico escrito en 1887, y que en 1928 llenaba los anaqueles de la calle de Alcalá con su título epopéyico: *Canto a las Glorias de Chile*.

Darío tiene un busto en París y una glorieta, como la del Fénix de los Ingenios, en Madrid; pero en Santiago del Nuevo Extremo no hay ni una calleja, ni una plazoleta, ni una plancha de lata con su nombre oriental e inmortal.

Sin embargo, bastarían unos pocos pesos para colocar su cabeza sobre una estela de piedra, a la sombra de las rosas y mirando la cordillera con sus ojos sin pupilas.

EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA

Mercaderes de la luz

Vayamos ahora a nuestro asunto. Cuando el rey hubo prohibido a toda su gente la navegación a cualquier parte que no estuviera bajo el dominio de la corona, dictó, sin embargo, una ordenanza por la cual cada doce años partirían de este reino dos barcos con el fin de realizar varios viajes. En ambos barcos habría una comisión compuesta por tres miembros o hermanos de la Casa de Salomón, cuya finalidad era sólo informarnos de los asuntos y de la situación de los países a que estaban designados y, especialmente, de las ciencias, artes, industrias e inventos de todo el mundo. Además, debían traernos libros, instrumentos y planos de toda clase. Los barcos, después de haber desembarcado a los hermanos, debían retornar y los hermanos debían quedar en el extranjero hasta que una nueva comisión fuera a reemplazarlos. Estos barcos no tenían otro cargamento que una gran cantidad de víveres y mucho dinero, que quedaría con los hermanos para comprar las cosas señaladas y recompensar a las personas que les pareciera adecuado.

(*Francis Bacon*, La Nueva Atlántida.—*Losada. Bs. Aires.* 1941).

Cuartillas

(En el *Rep. Amer.*)

Voces remotas

Contemplamos el Golfo de Nicoya de potentes aguas inmensas que abarca una extensión mayor de mil kilómetros cuadrados. En él verdean islas: Chira, hermoseada de historia; Bejuco, Venado, Pan de Azúcar; San Lucas, que es una lágrima hecha roca. Respiramos aire: iodo y sal y fósforo. Se ven lanchas en grupo, en un continuo cabeceo. En el poniente hay un rompimiento de topacio; de nuevo, imaginamos, arde la zarza de Horeb. Buen tiempo, buen viento, ¡amigos! En el horizonte se dibujan las pingües tierras de la Península. Son fértiles al igual de las prosas de Sarmiento. Si existe paisaje bello en Costa Rica, ese es. Sobre los montes se divisan relámpagos que juegan al pasa y vuelve. Esta vez de la montaña vienen sonrisas. Las olas, hermosas estrofas, dando tumbo se apagan en la playa; dejan en la arena que joyea sus sílabas húmedas y musicales. Allí las sílabas tónicas se convierten en átonas. Vuela una garza hacia el oro poniental. Otras se dejan mecer por el oleaje...

Nuestro pensamiento se pierde en el recuerdo, más allá de la luz de occidente; más allá del límite visible donde tienen su crisol los designios cósmicos. Como el mar es tonificante y renovador, copioso en germinaciones, fecundo en vitalidades, sentimos renacer la juventud del pasado. Voces remotas, aéreas; suspiros de sombra: sollozos rotos que surgen del seno de la Nada. Encantadora realidad irreal. Ah, sí! Afectos evocados! Los que murieron antes que nosotros, los que nos amaron y amamos, nos esperan; y la blancura eterna de sus alas descien-de, mariposea, y el oído escucha notas de paz, de esperanza, inmortalmente rítmicas.

Costa Rica, octubre de 1941.

Sidar y Rovirosa

Fué en mayo de 1931. Al iniciarse la tarde de un día sin corazón, Pablo Sidar y Carlos Rovirosa pasaban en raudo vuelo hacia la Argentina, por nuestro puerto del Atlántico. El pájaro de aluminio había arrancado de México: llevaba un mensaje de ternura azteca a Buenos Aires. Los aviadores, con fe de reyes magos anhelaban darle cima a la empresa. Eran de alma *regia* como llamara Platón a los seres capaces de realizar obra de sublimidad. La Raza esperaba el anuncio victorioso. Discípulos de Orville Wrigth! El Río Grande, en el Norte; y el de La Plata, en el Sur, por primera vez presenciarían el comienzo y el remate de una aventura soberbia de heroicidad. Juárez y Sarmiento sonreían en el misterio. Los aeronautas oyeron a su paso palabras de selva; verbos de torrente que se desenrosca entre cerros musculados; apóstrofes de fábricas; cláusulas de campanarios que surgen del tolderío de las ciudades, pintorescas bajo el maquillaje del sol que distiende, sus linos sobre el mundo. La nave aquilina, en el éter, devorando millas, en la pujanza del intento fingía una espada con alas arrojada contra el verde señorío de las llanuras. Fábula o realidad. En **La Araucana** del aire, quién iba a cantar en el Continente tánto denuedo?... Pero el empeño fué baldío. En Puerto Limón una tempestad precipitó a los mexicanos violentamente en el mar; y con ella finalizó la hazaña caupolicánica cuyos detalles registraba el cable con orgullo latino. Los Hados a menudo se crían a pechos de la Adversidad. En aguas del Caribe enmudeció la hélice que despertó los espacios con chasquido de estandarte. Costa Rica, avara de las glorias de América, le arrebató a la catástrofe los dos héroes; y en nombre de la Belleza y la Excelsitud les aromó con sus más frescas flores que son los besos de la tierra, les envolvió en sus pabellones y les arrulló con el gran sollozo del Duelo de la Patria. Oh Sidar, oh Rovirosa! El rojo de vuestra clara sangre, el azul de vuestras pupilas nunca fatigadas de escrutar horizontes y el armiño de vuestros espíritus, enriquecieron el tricolor de nuestra Bandera que que se vistió de luto, imprimiendo tonalidad histórica al dolor de un puñado de pueblos hispanoamericanos.

CARLOS JINESTA

San José, Costa Rica, setiembre de 1941.

El Angel de la Muerte

2 de Noviembre

(En el *Rep. Amer.*)

No penséis que la muerte es tan horrible,
ni penséis en el mal de su guadaña...
tiene un rostro sonriente y apacible
y su mirada en la piedad nos baña!

Son sus alas
el misterio sutil que en todo anida...
¡Sabrás que ella es la fuente de la vida!
¡Recibe con fruición sus blancas alas!

Qué sería de ti, hombre medroso,
si lo mismo que aquel Judío Errante,
no pudieras morir, castigo odioso,
¡jaula espantosa que olvidara Dante!

La muerte para el hombre es don divino;
reposo para todo el que se cansa;
fanal que nos alumbra en el camino,
¡y en la noche sin luz, nuestra Esperanza!

ROGELIO SOTELA

San José, Costa Rica, Octubre de 1941.

En el Libro de Poesías se dice: "El rey Wan era profundo. ¡Con qué claro e incesante sentimiento de reverencia contemplaba sus lugares de descanso!" Como soberano, descansaba en la benevolencia. Como ministro, descansaba en la reverencia. Como hijo, descansaba en la piedad filial. Como padre, en la bondad. En sus relaciones con los súbditos, descansaba en la buena fe."

(*En pensamiento vivo de Confucio*. Editorial Losada. Buenos Aires. 1941).

Silueta del Dr. Humberto Díaz Casanueva.

(En el *Rep. Amer.*)

Salgo de nuevo a delinear la personalidad de un gran chileno, con datos que encuentro dispersos y sin que los informe el saber que confiere la prístima fuente. Es tan poco lo que de Díaz Casanueva he logrado obtener, a pesar de la búsqueda constante y cariñosa.

Cómo olvidar aquellos ratos de amargura mitigados por el espíritu de nuestros compañeros de lucha? Corría el medio año 30, cuando la dictadura del General Ibáñez se ensañaba en sus opositores. La prisión, el destierro, la vejación, eran el pan cotidiano. Recuerdo con claridad los conciliábulos en que el muy magnífico amigo Bernardo Ibáñez Aguila nos hablaba de algunos valores jóvenes perseguidos y no hallados. He olvidado, sí, en qué circunstancias fue que deslizó un nombre sonoro que debía quedarme en la memoria de los recuerdos amables: Humberto Díaz Casanueva. Ya en ese tiempo, la juventud chilena combatía contra el nazi-fachismo que entonces no lleveba tal denominación. Y aquellos muchachos valientes y enteros, tenían conciencia de su tarea y por eso se lanzaban de lleno a cumplirla. Años después, supe que el insigne autor de *El Aventurero de Saba* había sido desterrado al Uruguay.

Quisiera pluma ágil y material suficiente para exaltar ante los ojos del lector, la figura prestigiosa del científico, del poeta, del educador, pero desgraciadamente carezco de tales elementos. Lo más importante en esta rica personalidad, es la posesión de una vastísima, sólida y fecunda cultura. Y digo fecunta porque no es de las que sirven para colocarse en pedestal desde donde se mira desdeñosamente, se pontifica, se deslumbra, o bien, se empieza la ascensión hacia las esferas en que se vive en placidez *au dessus de la meleé*. No. Que la ilustración para Díaz Casanueva sólo tiene sentido en el grado en que pueda servir para levantar el nivel de vida de sus semejantes, para luchar en forma positiva por un mejoramiento social.

En las palabras emocionadas que dijo a Bernardo Ibáñez el año 37, a su regreso de Alemania, se siente su honda preocupación por los problemas humanos. En el *Anuario Estadístico Mundial*, aparece Chile con la más alta cifra de mortalidad infantil por tuberculosis y otras enfermedades de las vías respiratorias:

"...más aterrado que avergonzado, sentí que mi patriotismo inflamado por la distancia (estaba en Jena), era una sola llaga y un solo dolor". Detuvo al ilustre Dr. Petersen y le dijo:

"Años he pasado junto a usted investigando, ganando claridad en problemas de alta cultura, y ahora me encuentro con esta verdad real, desnuda. ¿Qué voy a hacer en Chile con las bellas investigaciones de los sabios con quienes he trabajado, con tánto escarceo filosófico y metafísico, cuando en la calle, cerca del aula en que talvez voy a dictar mi lección, mendiga un chiquito y en el conventillo próximo se ceba la tuberculosis? ¿Qué es lo que realmente gano trabajando con modestia y tesón por incorporar nuevas inquietudes a la educación y a la cultura de mi país, si en ese libro, con una crueldad tremenda, tengo la certidumbre que, de todos los pueblos de la tierra, el más próximo a la decadencia y a la muerte, es el de Chile?"

El Dr. Petersen trató de consolarlo, mostrándole un camino y una responsabilidad:

"No se deje dominar por el escepticismo y trate de poner al servicio de esa misma dura realidad, la cultura y los métodos culturales que haya ganado en Europa".

Cuentan que el Doctor Díaz Casanueva es alto, robusto, de frente alta y que el apretón de sus manos parece comunicar su fuerza espiritual. Orador apasionado y franco en el decir. No repite deducciones, que su talento lo hace asimilar pronta y perfectamente, pero no para iterar: X, Y y Z concluyen así; yo pienso de esta manera.

"Per aspera ad astra!" Ascensión difícil la suya, puesto que no sabe de claudicaciones. Si hoy es Encargado de Negocios de Chile en El Salvador, es porque en su patria hay un hombre que entiende como poquísimos su misión de gobernante. Don Pedro Aguirre Cerda realiza obra grande dentro y fuera del país. Díaz Casanueva, Pablo Neruda, Juan Marín, Gabriela Mistral, Marta Brunet, son Ministros de Educación que el muy ilustre Presidente de Chile ha desplazado en función cultural.

Humberto Díaz Casanueva es santiaguino, tiene 34 años, casó con Mireya, la hija del fino escritor Leonardo Pena. Se hizo profesor en el Instituto Pedagógico; participante activo de toda labor noble, colaboró en la ardua jornada que libraron los maestros en pro de la reforma de la enseñanza y del magisterio. En Montevideo, ganó por concurso la cátedra de Literatura General de los Institutos Normales. De regreso a Chile, el Gobierno lo envió a perfeccionar estudios a Alemania, donde permaneció casi seis años. Dos veces obtuvo, también por concurso, una beca de la Fundación Humboldt. Fué alumno de varias Universidades: Bonn, Berlín, Jena; en ésta se doctoró en Filosofía y Psicología. Fue discípulo de Martin Heidegger.

"La filosofía de Ortega y Gasset", su tesis doctoral, fué publicada como libro por una editorial alemana. En Munich, Díaz Casanueva trabajó con el Dr. Adler en cursos de Psicoterapia y Psicología infantil.

Su sed nunca satisfecha de saber, lo ha llevado en peregrinación por universidades de Francia, Suiza, Checoeslovaquia.

De nuevo en su patria, fue nombrado profesor de Filosofía y Estética en la Universidad de Chile. Y siempre en su inquietud por esparcir la excelsa semilla de su cosecha, aceptó un contrato con el Gobierno de Venezuela donde realizó obra educacional espléndida.

La conferencia de H. D. C. sobre "Crisis de la Psicología como ciencia del hombre", provocó muchos y encontrados comentarios. Entre cientos de cosas admirables dichas ahí, cabe señalar una: hizo ver cómo la literatura y el arte en general, ayudan a esclarecer el conocimiento del hombre. Aseguró que Dostoiewski es el psicólogo más grande de los tiempos últimos y que el Balzac de Rodin debe presidir todo gabinete de Psicología.

He malbosquejado al educador y al hombre; quede a los entendidos la tarea de analizar su obra poética y filosófica. Guillermo Machón afirma que a veces sus versos son surrealistas, a veces simbolistas. "*El Blasfemo coronado* es la obra de un filósofo que escribió un poema".

Imagino el tono concitado con que Díaz Casanueva debe contar la visita que hizo a Elizabeth Nietzsche, hermana de Federico, dos meses antes de morir.



Humberto Díaz Casanueva

"Era una viejecita octogenaria, de manos afiladas y traslúcidas, de ojos azules vivísimos, de voz balbuciente, con su gorrita blanca como la abuela de Caperucita. Ella nos relataba cómo la resurección de Nietzsche ha sido un proceso lento que se ha venido verificando desde principios de siglo".

Y continúa hablando Díaz Casanueva de su admirado F. N.:

"Todo el ritmo de la cultura actual está bajo el signo de Nietzsche. No sólo la Filosofía, sino también las ciencias históricas, la Psicología, la Biología. La tremenda experiencia de Nietzsche es constatar que el alma del hombre moderno, es un caos y que la cultura burguesa ha perdido su punto o centro de gravedad. El hombre faústico de la cultura occidental que siempre ha buscado la seguridad de la forma y del concepto, tiembla ahora ante la unidad perdida de su existencia". Así, con la claridad del que sabe profundamente y expone porque la necesidad de compartir es irresistible, hace exégesis de los más abstrusos problemas.

Los que aquí anhelamos la unión espiritual de Iberoamérica, ¿disfrutaremos el diciembre venidero de la presencia viva y eutérmica del eximio Humberto Díaz Casanueva?

GUIOMAR

Costa Rica, octubre de 1941.

Obras poéticas: *El aventurero de Saba, Vigilia por dentro, El Blasfemo Coronado, Poemas para niños, Selección poética de Juana de Ibarbourou.*

Otros libros: *La crisis de la Psicología actual, La filosofía de Ludwig Klages, Estudios sobre el folklore para las escuelas.*

No sé si publicó *El sentido de la existencia en la obra de Rainer María Rilke.* Pronto aparecerá *Estudios caracterológicos.*

Etica para los costarricenses

(Envío del autor)

A. Monseñor *Claudio María Volio y Jiménez*, Obispo de Santa Rosa de Copán, en el próximo aniversario del 11 de abril de 1856.

Oye, tú, quien quiera que seas, si has nacido entre el Sapoá y el Sixaola y entre uno y otro mar, ya procedas de la meseta interior, ya de las llanuras guanacastecas, ya de las tierras anegadizas del Sarapiquí, Parismina o Siquirres, ya de las húmedas y ardientes del Golfo Dulce, El General o Puntarenas:

—No te creas aislado en el mundo como ciudadano de la república de Costa Rica, diminuta, despoblada, pobre y ridícula en su pequeñez aldeana de república gemela de Andorra o San Marino: piénsate, por el contrario, y siéntete, miembro del pueblo centroamericano, llamado a polarizar las energías de cuantos hablen español y portugués y en cuyo territorio predijo el Libertador que estaría la sede de la capitalidad del mundo; y aspira por lo mismo a que tu nativa Costa Rica se funda de nuevo en la República de Centro-América, que centralizando a los hombres hispano-luso-parlantes allanará el camino de la República Universal, donde convivirán en el trabajo, la cooperación y el amor los hombres del mañana, sin distinción de razas, de credos, ni de idiomas.

—No te creas distinto del nicaragüense, el hondureño, el salvadoreño o el guatemalteco ni, por ende, los reputes extranjeros cuando lleguen a buscar el hogareño calor de tu atrayente y dulce Costa Rica: recuerda que indias y españoles son los padres del pueblo centroamericano a que pertenecemos; que desde los albores del descubrimiento y la conquista Costa Rica forma con el resto de Centro América una sola demarcación administrativa y, con Nicaragua, una sola provincia eclesiástica, militar y civil; recuerda que todas las familias costarricenses, por una u otra rama, están enlazadas con las del resto de Centro América, especialmente con las de Nicaragua; no te olvides que ni en Nicaragua, ni en Honduras, ni en El Salvador, ni en Guatemala, se te tiene a ti ni a ningún costarricense, por extranjero y ni siquiera por extraño al nativo hogar nicaragüense, hondureño, salvadoreño o guatemalteco: corresponde, pues, al cariño de tus hermanos, pensándote y sintiéndote que formas parte de la familia centroamericana ligada por Dios a un común destino en el pasado, el presente y el porvenir.

Recuerda que el esfuerzo bendito de la independencia se debió a Centro-América, unida y grande, y no al de cada provincia; que Goicoechea—de Cartago—la preparó en la silenciosa labor de las escuelas; que Cerda y Argüello—de Granada— la vitalizaron con su arresto heróico desafiando la fuerza formidable del rey; que Arce y Delgado—de San Salvador—levantaron el estandarte de Centro-América, ofrendando sangre, vida y hacienda; que Valle—de Choluteca—cristalizó en el acta inmortal los anhelos del alma colectiva centroamericana, empujado por Larreinaga—de León—estimulado por Aycinena, Barrundia, Molina, Bedoya, Córdoba, Montúfar, Castilla y Diéguez—de la ciudad de Guatemala—, y aclamado por el pueblo viril de esa capital, a quien sobre todo y ante todo debemos la ruptura de las cadenas realistas y la semilla fecunda del árbol de la libertad.

—Ten presente que la prosperidad de Costa Rica, que durante la colonia se llamó la olvidada y paupérrima Provincia—se inició y mantuvo durante el régimen federal, del que fué el estado más fiel y cumplido mereciendo por ello que el prócer Arce—primer presidente de nuestra patria—le consagrara el libro justificativo de sus actos en pro de nuestra federación.

—Recuerda que en la gente unionista de Morazán—el Padre de la Patria—Costa Rica, despotizada, aislada y segmentada por Carrillo, acudió al más grande de los centroamericanos llamándolo como a su libertador, recibiéndolo y aclamándolo como tal por medio de los Moras, los Peraltas, los Pachecos, los Calvos, los Castros y las más ilustres familias costarricenses; que anulados los actos despóticos y separatistas de Carrillo y reintegrada Costa Rica a la República Federal, la reacción que culminó en la tragedia horrible del cruento sacrificio del Padre de la Patria, no fue incubada ni dirigida por un nativo costarricense sino por un aventurero foráneo que halagó las bajas pasiones e intereses mezquinos como —diez y ocho años después—pasiones e intereses semejantes sacrificaron a Mora y a Cañas, salvadores de la independencia centroamericana.

Al enorgullecerte de Santa Rosa, de Rivas, de San Juan del Sur, de San Carlos, El Castillo, el Río San Juan y Granada, fíjate que la épica Guerra Nacional no se llamaría así ni se habría realizado si Centro-América entera no fuera, como es, una sola e indivisible nación, una sola sensible mano, cuyos cinco dedos no pueden aislarse ni desentenderse unos de otros, y a ninguno de los cuales puede tocar mano extraña sin que la nuestra—recogida y formidable—no le dé el puñetazo mortal que simboliza el monumento erigido en San José con el nombre que representa a Centro-América en la integridad de su ser; y sin que deje de verse—en la tiniebla estigiana de los odios que engendra la guerra civil—esa mano bendecida levantar la tea luminosa de la fraternidad y el heroísmo empuñado por el Erizo —indio, descalzo y sencillo en su abnegación inmortal, y que lo mismo pudo nacer en Jalapa, Cojutepeque, Teriguat o Nandaime que en Alajuela.

—Elevándote sobre el patriotismo de aldea que tenían los caciques güetares, dirianes, niquiranos y caribisis de tiempos pretéritos, piénsate y siéntate centroamericano y mira sin miedo el porvenir, cierto de que—restablecida la unidad nacional de Centro-América—vendrá la seguridad de la independencia, la base granítica de la paz, el florecimiento perpetuo de la libertad y el bienestar sin tasa que a sus hijos brinda la quintesencia del globo terráqueo que el Destino diputó por patria nuestra.



Entonces, desplegada a todos los vientos la bandera azul y blanca del 21; erguidos los cinco volcanes como escalas de Jacob; luminoso y vitalizador el sol naciente; sereno, reconfortante, aplacador el arco iris: y batientes los dos océanos como tributarios del pueblo céntrico del mundo, verás a tu Costa Rica resplandecer como fúlgido diamante en la divina constelación de cinco estrellas que servirá de norte, de consuelo, alegría y esperanza a la redimida humanidad.

SALVADOR MENDIETA.

Este artículo fue copiado del Nº 35 del *Semanario Nacional* de 23 de marzo de 1930, de Diriamba; periódico del que era Director el Dr. Salvador Mendieta.

Todo el progreso humano está detenido por los obstáculos que ponen las frases hechas de los partidos y de los pedantes. Un ejemplo de ese obstáculo es el argumento tan frecuentemente empleado para impedir que se haga ninguna reforma radical en nuestro sistema educativo, es decir que la educación secundaria debería darse solamente a los muchachos capaces de aprovecharla. Hoy en día, esos argumentos han sido relegados al pasado.

(J. Howard Whitehouse, *Inglaterra Moderna*, London, 8 de agosto de 1941.)

¿Cómo se forma el héroe nacional?

El héroe nacional es necesario, es manifestación sociológica de este drama llamado historia.

¿Cómo se forma el héroe nacional?

Aquel que fué brazo y boca de los instintos, limitaciones y tendencias de un pueblo (gentes que desde largo tiempo conviven en terreno más o menos circunscrito), ese tal fué hombre fuerte, porque palabra y obra eran representativas (latencia biológica): el futuro se asomaba en él. Durante su vida aparece triunfante, bandera, a pesar de momentáneas derrotas (que son los momentos en que surgen instintos opuestos, anárquicos). Muerto, vive como símbolo y guión.

Y ¿cómo se forma su imagen histórica?

Los pueblos, inconscientemente, le quitan lo impropio y le aumentan virtudes: es la obra lenta de la purificación. En tal sentido la historia es mistificadora, pero mistificadora lógica y que responde a necesidades vitales del devenir. El pueblo va haciendo del héroe la imagen de lo que desea llegar a ser; en ella materializa su programa, encarna su futuro. Es el mismo génesis de los dioses, en escala menor. Dios es lo que nos falta y lo que anhelamos: es el hombre perfecto, el ideal en cada época de épocas. También el cielo es la morada en donde hallaremos lo que anhelamos, todo íntegro... No es Dios, pues, el creador del hombre, sino que éste crea a su imagen culminada a su Dios; y crea también su casa ideal, el Cielo, e inventa su héroe político, el Héroe Nacional.

Así, sin culpa, es como se falsifican los documentos, destruyendo los perjudiciales, interpretando favorablemente las dudas y creando leyendas. ¡Inmenso poder del espíritu humano, que se unifica con el todo en el abismo (subconciencia) y cuya cima lleva lucecilla admirable, engañosa pero divina: la conciencia! ¡Inmenso poder del espíritu humano, con su facultad de olvidar lo perjudicial, y agrandar y tener presente lo que le conviene! ¡Creador así de dioses, cielos y naciones! En tal sentido el hombre es creador...

(Fernando González, *Santander*. Bogotá, 1940).

Los constructores...

(Viene de la pág. 312).

por cierto que nadie culpará al pueblo. Tal vez el único responsable sea Estados Unidos, por aceptar y mantener relaciones con gobiernos que degüellan al pueblo y a las ideas democráticas.

Con todo, luchamos y seguiremos luchando a despecho de la incomprensión norteamericana, contra todos los gobiernos y castas reaccionarias que favorezcan la penetración fascista. Y en esta lucha no escatimaremos sacrificio alguno; porque la muerte, la prisión, el destierro no han menmado nuestra fe en los destinos de Indoamérica, al contrario, la han afirmado.

Dijimos al principio de este artículo, que los hombres de conciencia libre teníamos trincheras para defendernos de los que ya han encadenado el pensamiento. En efecto, son trincheras inexpugnables que inspiran respeto y admiración. Ellas son: *Repertorio Americano* en San José de Costa Rica, *América* en La Habana, *Claridad* y *Hombre de América, Libre y Fuerte*, de Buenos Aires. Cuatro revistas que han hecho y están haciendo por Indoamérica más que muchos partidos de izquierda, que sólo se dedican a devorar a sus propios hijos. De estas publicaciones, la más joven es *Hombre de América*. De ella os quiero hablar.

Hace más de un año, un grupo de jóvenes "románticos", como diría cualquier necio, se asociaron en Buenos Aires para editar una revista que, siendo el pulso de nuestra propia tierra, fuera al mismo tiempo el aliento de los hombres y campo para exponer todos nuestros problemas, tanto económico-sociales como espirituales. Ese grupo con los pies bien puestos en nuestra realidad indoamericana y con una conciencia a todas luces democrática, nos hizo el bien de darnos una revista, *Hombre de América Libre y Fuerte*, donde sólo hay apostolado y ausencia de ambición personal o financiera. Lo garantiza su comité de dirección, compuesto por notables pensadores y hombres de letras: Dr. Edgardo Casella, Aarón Cupit, Jorge Hess, Dr. Juan Lazarte, Dr. Manuel Martín Fernández.

En los once números de la publicación que hasta la fecha han circulado, se encuentran las firmas más preclaras de las dos Américas, y un sabor profundamente nuestro, es decir, indoamericano. Leyendo la revista nos sentimos ya lejos de Europa. Y ojalá día a día nos alejemos para siempre; eso sí, con los brazos abiertos para recibir a todos los perseguidos por sus ideas progresistas.

Como *Hombre de América* no fué de las revistas que nacieron muertas, a los pocos números, su comité directivo funda una editorial para divulgar los libros de más hondura humana. Surge así *Americalee*, marchamo de la editorial, con pasos firmes de resonancia en el tiempo y en el espacio.

Es sin duda la editorial más generosa, porque aparte de la cuidadosa presentación y material, el precio de los libros está al alcance de todos los lectores. Son ediciones singularmente bellas, y casi estoy tentado a decir, las mejores ediciones populares de Indoamérica. El primer volumen de la editorial, *Psicosociología de los celos*, por el Dr. Juan Lazarte, es un libro apasionante sobre el problema sexual, de estilo ágil y amenidad científica. Un trabajo de médico y sociólogo en torno del conflicto de los celos, que atrae y enseña magistralmente. El segundo libro es de Octavio Rivas Rooney, *Extranjeros en su tierra*. Hermoso libro de hombres y paisajes del norte argentino —sencillamente definitivo por el contenido y la calidad de la prosa. Hay cuadros de una intensidad que conmueven hasta el grito. Son dolores y angustias de pueblos nativos que concitan indignación contra los responsables de aquellas desdichas. Es todo un libro, "nervio argentino, con sangre universal". El tercero, *Liberación del Trabajo*, es del sabio profesor alemán, Dr. Jorge F. Nicolai. Huelga todo comentario a la obra, por la personalidad mundialmente conocida del autor de "Biología de la guerra". El cuarto libro que se acaba de poner en circulación, *Sol: están destruyendo a tus hijos*, es del que mal pergeña estas líneas. En prensa, para su inmediata aparición, se anuncian: *El paso de ganso*, por Upton Sinclair; y *Rango*, por Mauricio Magdaleno.

Hombre de América y *Americalee* son pedazos de la humanidad indoamericana que recogen y unen la voz de los hombres que viven en tiempos de angustia, en días en que los pueblos son apartados violentamente de sus propios destinos. ¡Hombres sanos de corazón, démosnos las manos para luchar mejor desde estas trincheras donde está la voluntad del pueblo!

SERAFÍN DELMAR

Penitenciaría de Lima,
23 agosto, 1941.

Advertencia

Apreciado colaborador y amigo:

Los escritos breves hallan más lectores y se publicarían más pronto. El poco espacio de que en realidad disponemos, y no siendo ahora las ediciones tan frecuentes como antes, nos obliga a retrasar —lo que nos apena— la publicación de los trabajos extensos (los que ocupen más de dos páginas de este semanario).

En lo sucesivo, mándenos, pues, escrituras cortas. Es consejo que le da una ya larga experiencia en el Rep. Amer.

Mayo de 1941.

Oración al Nervo Amado

(Envío del autor)

Se alegró tu espíritu oh Maestro!, porque hallaste temprano el supremo bien terreno: no desear. Pero cuánto debiste luchar para llegar a esa Plenitud.

Fuiste divino entre los humanos, porque prescindiendo de tu amargura, extrajiste de tu colmena interior las mieles más puras para ofrendárselas a los hombres: "Esta es mi riqueza; toda para ti."

Soñaste, amaste, padeciste. Ahora y siempre irá tu espíritu en ascenciones continuas hasta llegar al astro en donde mora La amada inmóvil, *cuyo poder fluídico te atraía como poderoso imán. Danos hoy el nuevo maná que necesitamos para atravesar el desierto de la incorformidad humana. Amén.*

PEDRO JULIO MENDOZA BRUCE

Costa Rica, octubre de 1941.

Sin identidad

(Envío del autor)

Me pregunto si tú eres la misma
que pasas todas las mañanas.

con paso de sol, con sonrisa de calle lavada
y con los brazos esponjosos como flores mojadas.

y aunque te veo y aspiro tu taconeo
y te entrego mis ojos abotonaados en tus ojales
yo quedo rezando
ante el prodigio de tu presencia renovada
y dudando como un perro de amo perdido
si tú eres la misma,
si la que pasas eres tú,

y aunque me señales los lingotes de oro
de tu pelo atolondrado
y que digas:

"mira mi pie con su levedad de perfume"

yo no lo creo.
no pareces la de ayer,
y menos la de hoy.

EDUARDO PRADO

Prado no es un desconocido en las letras centroamericanas: es un inspirado bate nicaragüense que en unión de otros jóvenes inició allá el movimiento de renovación en la lírica. Ha publicado ya dos cuadernos, *Aroma de Palabra* y *Al Canto de la Flor*, que han sido comentados favorablemente por la crítica. Espíritu inquieto, buena mentalidad, tiene inagotable cantera para cincelar su propio ser.

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Noticia de libros

(*Indice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras*).

SEÑALAMOS:

Metodología de los centros de interés, por José Fabio Garnier. Un folleto, editado por la Editorial Lehman. San José, Costa Rica, 1941. Desarrollado el asunto en 48 capítulos breves y claros.

*

Elementos de Dibujo práctico, por Carlos M. Salazar Herrera. Imp. Española. San José, Costa Rica, 1941.

Con 120 figuras diseñadas por el autor. Obra declarada como de consulta por la Secretaría de Educación Pública. Dedicada a obreros y estudiantes.

Distribuida en 5 partes:

Utensilios de dibujo
Problemas fundamentales de dibujo lineal
Aplicaciones prácticas de dibujo lineal
Nociones de perspectiva
Ejercicios prácticos de perspectiva.

Precio del ejpr. para el exterior: 1 dólar.

Con el Adr. del *Rep. Amer.* en esta ciudad.

*

El Nº 3 de los *Puntos de vista* que saca la Oficina de Cooperación Intelectual, Unión Panamericana, Washington, D. C., setiembre de 1941:

Educación para una sociedad sin clases, por James Bryant Conant.

*

La infancia del caribe en la obra de J. J. Russeau por Dolores Canals Farriols. Prólogo de la Dra. Piedad Meza. Publicado bajo los auspicios de la Universidad de La Habana. 1941.

En 3 partes:

La infancia francesa en el Siglo XVIII
Los "bondadosos salvajes"
El caribe en la pedagogía rousseauniana.

*

El Conde, Gaspar Ruiz, Un anarquista, tres novelas. Prólogo y traducción de José Carner.

En la Colección *Mirasol* de la Compañía General Editora, S. A. México, D. F. 1941.

*

Literatura Española. Siglo de Oro. Por Karl Vossler. En la Colección *Lucero*, Editorial Séneca, México, D. F.

En 6 capítulos:

El idioma y los estilos . La sociedad y las formas literarias. El elemento religioso. Los motivos heroicos. Los motivos idílicos y la poesía de la naturaleza. Los motivos satíricos y el fin del Siglo de Oro.

*

El Emperador Kwang Hsu. Drama (Adaptación histórica en 3 actos) Por Juan Marín. Ediciones *Asia y América*. Tokio. 1941.

*

Martí, por M. Isidro Méndez. Estudio crítico-biográfico. Obra premiada en el Concurso Literario Interamericano de la Comisión Central Pro-Monumento a Martí, celebrado en La Habana, el año 1939. (Portada de Cordoves Sigler). La Habana, Cuba. 1941.

*

El enigma de la realidad, por Pedro Sondereguer. Editorial Amazona. Buenos Aires.

Esbozo de una fenomenología general, en XII Capítulos:

Una verdad de razón. Tendencias de nutrición y defensa. Tendencias de crecimiento y reproducción. Tendencia de predominio. La obra como función. La obra como fin. El genio. El Estado. La moral. La civilización. La vida y su principal atributo. El sentimiento cósmico.

Con el autor: Casilla de Correo. 1941. Bs. Aires, Rep. Argentina.

*

Sol: están destruyendo a tus hijos, por Serafín Delmar. Editorial Americalee. Buenos Aires. Julio de 1941. Prólogo de Luis Alberto Sánchez.



Dibujados con mano maestra desfilan por las páginas de este libro, hombres, hechos y cosas de un momento continental heroico que aun despliegra sus banderas. Por eso es un documento de actualidad, no una obra literaria sino un panorama de sangre, heroísmo, tiranía y esperanzas donde el autor fuera un actor más de la tragedia.

Obra rica en matices, honda y plástica, con ella se sitúa Serafín Delmar entre los vigorosos escritores del continente.

*

Aspectos de la Teoría Marxista del Capital, por Pedro Barnetche González. Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Escuela Nacional de Economía. México, D. F. 1941.

Tesis profesional en 4 capítulos, un Apéndice y Bibliografía:

I. El capitalismo creador.—II. Funcionamiento del sistema capitalista. Economía estacionaria.—III. Funcionamiento del sistema capitalista. Reproducción ampliada.—IV. Significado del capitalismo. —Apéndice: Esquema contable de la reproducción simple.

*

Sumag Allpa, novela. Por G. Humberto Mata. Cuenca. Ecuador. 1941.

*

Tres ensayos, por Augusto Arias. Publicaciones del Instituto Ecuatoriano-Venezolano de Cultura. Quito. 1941.

Los ensayos: *La nueva Ifigenia. Sarmiento. Alberto Guillén, el buscador de sí mismo.*

*

Palabras en "Juan Cristóbal", por Mirta Aguirre. La Habana. 1940.

Con este epígrafe de Romain Rolland: *Hay que creer lo que se piensa y sostener lo que se cree. Cualesquiera que sean nuestras fuerzas, está prohibido abdicar.*

Con la autora: I Nº 513. Vedado, Habana, Cuba.

*

Introducción a la Historia de Europa en el Siglo XIX (1789-1914), por Richard Pattee y Arturo Morales C. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1940.

En dos tomos empastados.

En tres secciones:

La caída del viejo régimen. La revolución francesa. La era napoleónica. La restauración, 1815-1848. *La reacción en Europa desde el Congreso de Viena hasta* 1823. *Movimientos subversivos de* 1830. *La liquidación del régimen de Metternich.*

El triunfo del nacionalismo.—*Luis, Napoleón y el segundo imperio francés. Progreso y triunfo de la unificación italiana. La unificación política de Alemania.*

(Agradecemos el envío de estas obras. Haremos extractos de ellas en ediciones posteriores).